

# Juan Morcillo y Olalla (1828 - 1908)

Por C. SANZ EGAÑA (†) y C. RUIZ MARTÍNEZ

**Los directores del volumen II de SEMBLANZAS VETERINARIAS, en cuenta de que el ilustre historiador de la Veterinaria española don Cesáreo Sanz Egaña publicó un minucioso estudio biográfico de don Juan Morcillo y Olalla en homenaje al centenario de su nacimiento, celebrado con carácter nacional por los veterinarios de España el 23 de junio de 1928, honran las páginas de este libro reproduciendo bajo el prestigioso nombre de su autor este trabajo histórico en el cual se rinde tributo de admiración y respeto a quien fuera en el mundo Príncipe de la Inspección Veterinaria de Alimentos.**

## I

Las publicaciones históricas en veterinaria tienen muy escasa representación; los estudios biográficos son desconocidos, no sabemos nada de nuestros antepasados, apenas conocemos los hombres del momento y tenemos en completo olvido los desaparecidos; sin necesidad de remontarnos a épocas lejanas, simplemente desconocemos las grandes figuras de la veterinaria del siglo xix; los que han sobrevivido a este siglo y tuvieron algún relieve profesional todavía se recuerdan, aunque el olvido se apresura a cubrir sus nombres. La veterinaria moderna se fraguó en el siglo pasado, y en estas fechas tuvimos personas de relevantes méritos que aún esperan una mano piadosa encargada de recoger su obra, anotar sus hechos y, una vez recopilados, divulgar el recuerdo entre los compañeros primero y después entre el público culto.

Pocas profesiones han tenido una evolución tan rápida y en plazo tan breve como la veterinaria; sin embargo, está inédita toda la crónica de sus autores; disculpa en parte este olvido la necesidad cada día más apremiante de dedicar preferente atención a conocer y a adquirir nuevos conocimientos, a prestar atención a nuevas cuestiones que ampliaban incesantemente la actividad profesional; durante un centenar de años, día a día, se presentaban nuevos temas, nuevos asuntos que han transformado rápidamente la veterinaria, desde simple arte hípatico, en ciencia económica, higiénica y médica, pues a todo atiende para de-

fender los intereses pecuarios confiados a su custodia directa.

Tan intensa evolución, tan radical cambio, se ha conseguido caminando siempre en progresivo avance, incorporando continuamente nuevos conocimientos y desplegando actividades nuevas, sin tiempo para hacer un alto ni menos para mirar atrás; cuando en la lucha ha caído un compañero, una cruz y una cuartilla escrita de prisa, impregnada de amor fraternal como cariñoso recuerdo de compañerismo, y adelante, para no perder el hilo de nuestras conquistas científicas que tan amplios horizontes nos han abierto a los profesionales de la veterinaria.

Esta febril actividad científica, unida a la constante lucha social por conquistar un lugar de merecimientos, como corresponde al hombre de estudio, es causa indudable de que no tengamos una historia escrita, pues no faltan ni personas ni hechos que referir, ha faltado únicamente el tiempo y tranquilidad para estos estudios retrospectivos; repetidas veces se han anunciado obras de esta índole, y siempre quedaron inéditas en los propósitos de sus autores, sin duda por el «febril vivir» profesional impuesto al veterinario que ha querido seguir el ritmo científico de la época.

La historia sólo puede escribirse cuando llegan a cristalizar las actividades profesionales en una especialidad; es imposible escribir historia en tanto estamos obligados a prodigar nuestra atención en múltiples y dispersas orientaciones, como ha ocurrido al veterinario, y aun ahora mismo, en la

actualidad, está obligado a conocer y practicar desde la inspección de carnes hasta los cuidados a un perro enfermo, pasando por la lucha antiepizoótica que diezma las ganaderías; por el contrario, un especialista no será completo hasta tanto no adquiera el conocimiento exacto de la bibliografía objeto de su estudio; este conocimiento de la labor realizada por los autores que le precedieron, es indispensable; de los antecedentes históricos se forman los primeros extractos para la documentación en cualquier cuestión que se aspira a dominar, sin querer, cuanto más especializa en un estudio mayor documentación se adquiere para hacer su historia; el que generaliza se contenta con el conocimiento práctico, de aplicación inmediata de cada tema, pues sólo utiliza aquella parte que necesita aprovechar en la práctica diaria y abandona los datos de erudición, precisamente los que aprovecha la historia.

Como en veterinaria no hemos podido formar especialistas hasta estos últimos tiempos, nuestra historia y la biografía de los hombres insignes que con laboriosidad y estudio, en épocas pasadas, fueron creando la ciencia veterinaria, permanecen inéditas; unas cuantas citas—pocas, demasiado pocas—y nada más, sin llegar en ningún momento a constituir monografías ni trabajos serios documentados que sirvan para formar concepto de nuestro pasado, de su evolución y sus progresos.

Convencido de cuanto antecede, quiero corregir el olvido con un ensayo biográfico sobre Juan Morcillo y Olalla, tributo obligado a mi especialidad de inspección de carnes y cuestiones de Matadero; he encontrado en Morcillo el precursor de esta novísima especialidad, y a esto pensaba concretar mi labor, a presentarlo como el iniciador, mejor aún, como el creador de la inspección veterinaria en España; a medida que leía, que conocía mejor su obra, la figura se agranda; muy interesante aparece como inspector de carnes, es el único guía durante cincuenta años, pero no eclipsa ni borra al hombre de clínica, de donde también aparece con luz propia, de labor original; no contribuye a crear especialidades, pero contribuye a elaborar por el buen crédito de la veterinaria práctica, y por último, la faceta social; Morcillo siente la grandeza de su profesión y se lanza a escribir la historia de la bibliografía, le aquejan las preocupaciones de la clase y nos legó unas cartas y artículos modelo de pensador que atrae con sus propósitos y convence

con los razonamientos. Todo esto hace cambiar de propósito y emprender un estudio de conjunto, una síntesis de toda la labor de este hombre glorioso de la veterinaria pretérita.

He podido reunir sus obras, conocer tan inmensa labor, buscar antecedentes de su vida y cuantos datos es dable reunir a quien toma con cariño e interés un estudio de esta naturaleza, por haber encontrado en mi camino auxilio valioso, como es la cooperación de sus nietos, don Francisco Martínez Morcillo, ilustre abogado valenciano, que me ha permitido consultar la obra íntegra y multiforme de Morcillo y Olalla, y don Juan Morcillo Montes, veterinario en Montealegre, continuador de la gloria veterinaria de la familia. Ahora, con motivo del centenario de su nacimiento, quiero publicar este ensayo biográfico. Siguiendo al revés el dicho de Gracián, cuando empieza a escribir *El Héroe*: «formar con un varón gigante un libro enano».

Ver sólo en este trabajo una prueba de culto cívico que quería instituir Aug. Compte; será un estudio modesto, sin apoteosis ni panegíricos, exposición de hechos y simple relato de una vida consagrada totalmente al trabajo y engrandecimiento de la veterinaria.

## II

Hace un siglo, el 23 de junio de 1828, nació el insigne veterinario Juan Morcillo y Olalla, y razón tenía uno de sus biógrafos, Molina (1), cuando escribía: «y mientras más años pasen, más se agrandará la figura del veterinario de Játiva y mayor será el afecto que todos le profesen».

Antes que se extingan los últimos ecos de la obra viva de Morcillo, cuando todavía quedan contemporáneos que conocieron y vivieron su labor inmensa, quiero recordar lo que fue para la veterinaria española, y en especial para la inspección de carnes, la labor de este ilustre compañero: quiero que la generación de jóvenes sepa guardarle el recuerdo que merece su obra, y para ello necesitan conocerla; en Ciencia, el afecto se engendra en el cerebro y la simpatía es fruto del conocimiento.

Nació Morcillo en Montealegre del Castillo (Albacete), el 23 de junio de 1828; hijo de veterinario, procedía de «la raza veterinaria; que por muchos años ha seguido en mi familia», como él

mismo dice en *Cartas Veterinarias* (fol. 123). Cuando aún contaba pocos años, su padre se estableció en la ciudad de Almansa, para ejercer la profesión; en esta ciudad hizo los primeros estudios, que sólo pudo llegar a tres años de latinidad; a los doce años se dedicó a aprender a herrar, siguiendo estas prácticas hasta los diez y ocho, en que ya era un buen herrador, y vino a Madrid a estudiar la carrera veterinaria; por aquél entonces exigían a los aspirantes, al ingreso en nuestras Escuelas, conocer prácticamente el arte de herrar.

En 1 de octubre de 1846 ingresó como alumno interno en la Escuela de Veterinaria de Madrid, adquiriendo el título de veterinario de primera clase el 12 de junio de 1851; al poco tiempo, en 1852, se estableció en Játiva (Valencia), en donde vivió y ejerció la profesión hasta los ochenta años. Falleció el 12 de noviembre de 1908.

Tan larga vida fue consagrada constantemente al estudio y al trabajo: admira la fecundidad y la constancia de este hombre, encerrado continuamente en un medio tan reducido como es la vida

**GUIA  
DEL  
VETERINARIO INSPECTOR  
O SEA  
POLICIA SANITARIA  
VETERINARIA  
APLICADA A LAS  
CASAS-MATADEROS Y PESCADERIAS  
POR**

D. JUAN MORCILLO OLALLA, veterinario de primera clase, socio de número de la Academia veterinaria Barcelonesa, subdelegado é inspector de carnes y pescados, de la ciudad de San Felipe de Játiva.

**M A D R I D**

IMPRENTA DE J. VIÑAS. PIZARRO, 3

1 8 5 8

*Portada de la primera obra acerca de la inspección de alimentos animales escrita por un veterinario.*

pueblerina, ha conseguido legar una colección de obras profesionales de muy diversos temas, en donde se demuestra cultura profesional, dotes de observador e investigaciones y una recia inteligencia que sabe imprimir personalidad y originalidad en sus escritos; las pocas obras publicadas alcanzaron gran nombradía en el siglo pasado entre sus compañeros, tanto españoles como extranjeros.

Cómo trabajaba Morcillo lo sabremos leyendo el prólogo en su obra *Claudografía* (1877), que, escrita en la seguridad de no ser publicada, aparece rebosante de sinceridad, esa gran verdad que ponen todos los autores en sus escritos cuando saben que escriben para la posteridad. Dice así: «Escribir y ordenar un libro implica un trabajo cansado y continuo, y lo es mucho más cuando ha de tener un volumen regular; se requiere para dedicarse a llevar a cabo una tarea de esta índole, antes que todo, una voluntad de ánimo inquebrantable y firme, material para formar la obra y tiempo disponible; por nuestra suerte—es una admirable autoconfesión—, la primera de estas circunstan-

**GUIA  
DEL  
VETERINARIO INSPECTOR,  
O SEA  
POLICIA SANITARIA  
VETERINARIA  
APLICADA A LAS  
CASAS-MATADEROS Y PESCADERIAS.**

**POR**  
D. JUAN MORCILLO OLALLA, veterinario de primera clase, socio de número de la Academia veterinaria Barcelonesa, subdelegado é inspector de carnes y pescados, de la ciudad de San Felipe de Játiva.

**MADRID:**

IMPRENTA DE J. VIÑAS, PIZARRO, 3.

1861:

Facsimil de la primera edición.

cias, por cierto, que no nos falta; la segunda la hemos adquirido en los libros con un asiduo estudio y en la observación escrupulosa de nuestra práctica, y la tercera, despreciando los goces de la vida en más de un caso.» No estoy conforme con esta última confesión: Morcillo despreciaba los goces vulgares, el casino, la tertulia y otras múltiples formas de pasar el tiempo a que deben recurrir los ociosos del trabajo espiritual; Morcillo, sus goces eran estudiar, escribir; sabía que muchos de sus libros no se publicarían nunca; dedicó cuatro años para redactar los seis volúmenes sobre cojeras, y dice: «Hoy tengo la satisfacción de verlo, pero nunca pienso darlo a la imprenta, convencido—dice él mismo—que publicar una obra de veterinaria en España es tanto como perder el tiempo y trabajo que se ha empleado y, lo que es más triste, los gastos que su publicación ocasiona.» Sin embargo, convencido de esta perdida de tiempo, Morcillo sigue escribiendo; después de visitar el Matadero y el mercado, después de atender su numerosa clientela, busca refugio en su biblioteca y distracción en la escritura; ¡lástima de labor tan intensa que no haya adquirido la vulgarización necesaria como correspondía al mérito de su contenido! La actividad prodigiosa de Morcillo se refleja sabiendo los cargos que ejerció y los títulos que recibió en vida: independientemente del ejercicio civil de la profesión, donde mejor fulgura su actividad es como inspector del Matadero, pescaderías y mercado de Játiva; también fue subdelegado del distrito, figuró como socio de las principales Sociedades de veterinarios que existieron en su época. Con razón dice otro biógrafo, Vidal Alemán (2); la profesión «siempre ha encontrado al señor Morcillo dispuesto para defender la buena causa, siendo uno de los primeros que se alistaron en las filas del reformismo (entiéndase reformismo veterinario, partido ideológico de hace treinta años, no reformismo político), donde ha luchado en primera línea y donde está como buen veterano y con la fe de siempre».

La intervención de Morcillo en todas las Sociedades veterinarias y luchas profesionales era activa, quería mucho a la profesión, y su amor le llevó en repetidas ocasiones a luchas y polémicas intensas. Ahora bien, hombre práctico que decimos los modernos, consideraba como factor indispensable para la condición profesional una mayor cultura, y ésta fue su ejecutoria más noble, su ac-

ción más eficaz: divulgar ciencia, defender conocimientos nuevos, y su gloria haber encauzado por derroteros científicos la inspección veterinaria en su amplio concepto: carnes, pescados, leche, etc.

He dicho que los extranjeros estimaron a Morcillo, principalmente los compañeros franceses; figuró como miembro en la «Sociedad de Veterinaria del Aube» (Francia), y en la «Sociedad de Medicina veterinaria práctica de París», donde el destino ha querido que yo ocupe la vacante que él dejó.

Para dar idea de sus aficiones profesionales, de su afán al trabajo y del alto concepto que tenía del cumplimiento del deber, quiero recordar que a una edad muy avanzada aprendió a traducir el francés para poder colaborar en estas Sociedades científicas; se había impuesto la obligación de trabajar dondequiera que era llamado o consideraba útil su intervención, y no le aterraba por grande que fuera el esfuerzo.

Su última actuación profesional fue presidir la Asamblea veterinaria celebrada en Valencia el año 1904, germen de grandiosas reuniones que después se celebraron en Madrid y Barcelona.

Cuantos conocieron a Morcillo resumen su vida como un ejemplo de tenacidad para el trabajo; atendía al ejercicio diario de la profesión, pues ha visitado hasta los últimos días de su vida; desempeñó el cargo de inspector veterinario con un celo y una atención insuperables, y no satisfecho con esta labor, colaboraba en todos los periódicos profesionales de la época, siempre con artículos y memorias de temas interesantes; publicó varias obras, y al morir dejó inéditas algunas de relevante mérito científico, otras de cuestiones profesionales y todas interesantes y pletóricas de labor personal.

En medio de tanta lucha, tanto trabajo y las consiguientes preocupaciones que siempre amargan la lucha por la vida, Morcillo, un enamorado de los libros de las glorias de nuestra literatura profesional, logró reunir un millar de volúmenes a costa de tiempo y no poco dinero, para formar la colección de todas las obras de albeitería y veterinaria que se han publicado desde el siglo XVI hasta la fecha: desde la obra de Mariscalería de Mosén Díez hasta la última publicación aparecida a mediados del siglo; esta valiosa colección la reunió Morcillo para algo más que por simple capricho de tenerla: de satisfacer aficiones bibliómanas; fue cantera donde sacó materiales para una de sus obras que todavía no ha sido mejorada ni igua-

lada. Me refiero a la *Bibliografía Veterinaria*, de la cual nos ocuparemos en párrafo aparte.

Vida larga, fecunda en labor, provechosa en enseñanzas, ejemplo de tenacidad y constancia, todo ello viviendo en pueblecito alejado de los centros culturales, sin contacto con otros compañeros que sirviesen de estímulo y contraste, sin ayuda de

# HIGIENE PÚBLICA

## INSPECCIÓN DE CARNES

*Del color, olor, sabor y consistencia de la carne de los animales de carnicería y el pescado*

POR

Don Juan Morcillo Glallé

VETERINARIO DE 1.ª CLASE

*Subdelegado de Veterinaria; Exinspector del Matadero, Pescadería y Plaza-Mercado de Játiva  
Socio honorario de la Exacademia Central de Veterinaria Española  
Premiado dos veces con medalla de Oro por dicha Academia  
Socio honorario de la Sociedad Académica Los ESCOLARES VETERINARIOS  
Expresidente de la Asociación Veterinaria de las Riberas del Júcar  
Director del periódico La ALIANZA VETERINARIA  
Socio corresponsal de la Sociedad Veterinaria del Aube (Francia)  
Socio corresponsal  
de la Sociedad de Medicina Veterinaria Práctica de París  
Medalla de Bronce de M. H. Bouley conmemorativa de dicha Sociedad  
Vocal de la Junta Municipal de Sanidad  
Diploma honorífico de la Sociedad La PROTECTORA SEVILLANA  
Delegado que fué de la Unión Agrícola Nacional, etc.*



VALENCIA-1902

Imprenta á cargo de Soler y García  
Junta à la Exposición de Aragón

Facsimil de la última obra publicada por Morcillo

colaboración valiosa que prestan las bibliotecas oficiales, la consulta con especialistas, todo nutriendose de su propia savia y con recursos propios: es la obra personal de un cerebro privilegiado servido por una férrea voluntad.

No podemos reconstruir la vida de Morcillo; además, el tiempo borró muchas facetas, y en cambio pone de relieve la obra fecunda de este hombre en el campo de la profesión veterinaria, porque ante todo y siempre siente un férvido amor a la veterinaria y trabajo para su engrandecimiento, para su mejoramiento, para crear una especia-

lidad de fecundas promesas en el porvenir: la función sanitaria en relación con la inspección de carnes, y razón tiene Molina cuando le llama «creador de esta institución y padre y maestro de una generación de inspectores». Fue todo esto sin dejar de ser veterinario clínico, única misión que aprendió en sus años de escolaridad: evolucionó y marcó la nueva orientación sin desprenderse del legado recibido de sus antepasados; otros más afortunados, siguiendo sus rutas, hemos conseguido algo de cuanto pudo entrever: la especialización independiente, la separación absoluta con lo antiguo; a esto hemos llegado también por trámites necesarios.

## III

La inspección o reconocimiento sanitario de las carnes no es misión higiénica que aparezca inopinadamente durante el siglo XIX; el mismo Morcillo, en uno de sus folletos, *Investigación sobre la antigüedad de la Inspección de los Mataderos y la carne en España*, Vitoria, 1897, nos demuestra que en la antigüedad remota, hasta donde alcanzan los libros sagrados, se encuentran vestigios de la inspección de carnes; en mi obra *Inspección Veterinaria en los Mataderos, Mercados y Viverías*, segunda edición, Barcelona, 1925, en una introducción he recogido citas con relación a civilizaciones más antiguas que las señaladas por Morcillo, demostrando la preocupación que tuvo la humanidad en todos los tiempos de rechazar los alimentos insanos para el consumo del hombre; esta buena costumbre no se ha interrumpido a través de las diferentes etapas que ha recorrido la civilización hasta llegar a los tiempos actuales. Carecemos también de una recopilación histórica de las disposiciones y criterios que han guiado para el cumplimiento de esta medida sanitaria: separación de las carnes sanas de las peligrosas; aun con esta falta de textos por los datos que hemos recogido, podemos afirmar que en todo tiempo la autoridad ha procurado evitar el consumo de las carnes insanas, prohibiendo los sacrificios de reses enfermas, castigando la venta de carnes mortecinas, hediondas, etc., y, por último, confiando a los fieles veedores y otros funcionarios la misión de vigilar el cumplimiento de las disposiciones por la autoridad, en evitación de que los carniceros

no cumplieran las obligaciones que tenían contraidas de vender carne sana y nutritiva.

Hasta bien entrado el siglo XIX, no se confía al veterinario la inspección de carnes y otros alimentos de origen animal; para comprender la obra de Morcillo y llegar a la explicación de este hecho, necesitamos decir algo de quiénes eran y cómo se nombraban nuestros inmediatos antecesores: los veedores de carnes.

Dice Morcillo (loc. cit.): «a mediados del siglo XVIII ya había en algunos Mataderos personas encargadas de vigilar el estado de salud de las reses que se sacrificaban con destino al servicio o consumo público, a los que se les daba el nombre de *Revisores* en unos puntos y el de *Veedores* en otros; estos encargados eran elegidos de entre las personas que componían el gremio de carniceros, recayendo la elección en los más antiguos, porque se les suponía más entendidos en el ramo de carnes». De la Real cédula de 4 de junio de 1750, para el buen régimen de la ciudad de Játiva, copia el mismo autor la ordenanza XII, que dice: «El credenciero (3), hará el oficio de vedor de las carnes, y caso de ocurrir duda en la bondad de ellas, concurrirá con él para la visura uno de los trieros u otra persona inteligente que nombrassen los diputados, por no permitir por ahora las rentas de esta ciudad el nombramiento de estos veedores con salario.»

En un libro muy curioso, *Ideal General de la Policía o tratado de Policía*, por don Tomás Valeriola y Riamban, Valencia, 1802, he encontrado algunas notas sobre el nombramiento y atribuciones de los veedores de carnes, que constan precisamente en un auto del Ayuntamiento de Valencia, fecha 10 de marzo de 1725, y contiene detalles como el siguiente: «que los veedores que han de ver y visurar la bondad o maldad de las carnes hayan de ser los mismos del oficio de Cortantes», y más adelante ordena que «la visura debe ser en presencia del credenciero, y no en otra forma, debiendo ser incontínenți esta relación por escrito y entregada al credenciero, motivando la razón por qué es mala la res, hígado y demás que se ofreciere, y en este caso de no saber escribir los veedores, lo deban por éstos ejecutar su escribano de fechos (4)». (Cuaderno nono, pág. 154); en otro párrafo: «por no quitarle al oficio—de cortadores—esta regalía, pero también subsanar el derecho a los abastecedores, provee, determina y manda que juntamente con los veedores de dicho ofi-

cio de cortantes le sea igualmente para visura reconocer y determinar con ellos el pastor más antiguo que es o fuere de los ganaderos de esta ilustre ciudad, a quien se considera la persona más práctica en su calidad, bondad, enfermedades y daños que a dichos ganados suelen sobrevenir.» (Loc. cit., pág. 155.)

Tenemos al empezar el siglo XIX dos clases de veedores: unos sacados del gremio de carniceros y con el cargo especial de conocer, vigilar el estado de salud de las reses que se destinan a la matanza y sus carnes antes de entregarlas al consumo público, y para evitar sus abusos los ganaderos podrían nombrar otros veedores por su parte, «haciendo todos y cada uno su individual relación bajo juramento ante el credenciero»; por eso se llamaron veedores jurados en las Ordenanzas antiguas.

Los veedores jurados siguen funcionando al empezar el siglo XIX; la matanza de reses, a excepción de alguna que otra población de importancia, se hacía en las propias carnicerías o en la vía pública: el sistema no podía ser más vicioso, los veedores empíricos no podían en manera alguna garantizar la salud pública, y mucho menos poner a cubierto el fraude y el engaño en contra de los intereses de los consumidores: además, sus nombramientos eran defectuosos y viciosos, porque representaban a una de las partes contratantes; ya vemos, en el auto de Valencia, que concede facultad a los ganaderos otro vedor en caso de disconformidad: para actuar con independencia fue preciso buscar un vedor extraño a los gremios de carniceros y trieros; este vedor imparcial no podía ser otro que el veterinario, era el profesional que estudiaba con especialidad las enfermedades de los animales domésticos y puede diagnosticar las «dolencias» de las reses de carnicería con certeza y confianza: sin embargo, la Real orden de 20 de enero de 1834, que regula las atribuciones de la autoridad municipal para comprobar la salubridad de los alimentos que se venden, no cita para nada a los veterinarios como veedores de carnes y otros alimentos de origen animal. Sin embargo, pocos años después, el 15 de abril de 1837, el Municipio de Madrid confió por primera vez a los veterinarios la inspección sanitaria de carnes: Valentín Montoya y Manuel Delgado solicitan el 27 de mayo de 1837 ser nombrados veterinarios veedores, después se llaman veterinarios-revisores y el Ayuntamiento acordó conforme su petición:

estos fueron, a mi juicio, los primeros veterinarios que prestaron servicios en los mataderos (5); en 1840 el Matadero de Madrid tenía tres veterinarios fijos y tres auxiliares.

Este ejemplo del Municipio madrileño cundió por otros pueblos que hicieron lo mismo, nombrando veedores veterinarios; el cambio de estos nombramientos constituía un buen principio; sin embargo, la reforma no daba todo el fruto apetecido, lo dice el mismo Morcillo: «los alumnos de la Escuela de Veterinaria de Madrid no recibían en aquella primera época la instrucción suficiente para desempeñar semejante cargo, y estaba muy lejos de la mente de los profesores el pensar que ellos eran los únicos que debían desempeñar tan interesante destino.»

Frente a esta apatía e indiferencia oficial no faltaron veterinarios que comprendieron la importancia social que tenía la inspección de carnes realizada por el veterinario como garantía de la salud pública: uno de estos hombres fue el mismo Morcillo, quien se puso, como ahora decimos, a la vanguardia del movimiento: en 1852 fue nombrado veedor de carnes y pescados de la ciudad de Játiva, cargo que desempeñó sin sueldo del Municipio y cobrando a los particulares la tarifa que tenía establecida en antiguo veedor carnícola; esta fecha marca un hito en la historia de la inspección de carnes; Morcillo, uno de los veterinarios más cultos del siglo pasado, comprende la trascendencia del cargo, percibe la falta de especialización existente entre sus compañeros y se propone afirmar este servicio y documentar a los veterinarios en esta labor; con fe y laboriosidad emprende esta enorme tarea, no tiene referencias, no se conoce en ningún país nada igual, ha de empezar por el principio, perdóñese la perogrullada, sabe que emprende una labor de educación, de propaganda, quiere formar «inspectores veterinarios» con documentación científica y cultura práctica; antes de «acometer tamaña empresa»—dice el mismo (*Guía del Veterinario*, prólogo de la primera edición)—, no he omitido medio alguno para enterarme de todo lo concerniente a las casas-mataderos; he investigado el lenguaje especial de los matarifes y pastores-trieros empleados en dichos establecimientos; cuando he necesitado he consultado algunas obras y he tomado de éstas lo que tenía alguna aplicación y he creído que podía ser útil».

Y esta empresa de orientar la profesión veteri-

naria en la inspección de carnes y pescados era una necesidad apremiante: la Real orden de 24 de febrero de 1859, que trata de la organización de los servicios de matadero y de la inspección de carnes, en su artículo 2.º dice: «Habrá en todos los mataderos un inspector de carnes nombrado de entre los profesores veterinarios, eligiendo de los de más categoría, y un delegado del Ayuntamiento».

Indudablemente la promulgación de esta Real orden constituye un éxito profesional y al mismo tiempo un adelanto en las costumbres sanitarias: la Real orden obliga a que se nombren inspectores de carnes en todas las poblaciones y resuelve categóricamente todas las dudas sobre quiénes debían desempeñar dicho cargo; ésta es la primera piedra que se colocaba para edificar ordenadamente y con solidez la inspección de mataderos y carnes en nuestra nación, que en este asunto se adelantó a muchos países europeos.

Oigamos a Morcillo, que nos describe cómo se podía cumplir esta disposición oficial: «Bien que para decir verdad y para dejar consignados datos históricos exactos y verídicos en este relato que nos ocupa, aun cuando me sea sensible el decirlo, en esa época hay un suceso que lamentar, y es que a pesar de que la veterinaria había entrado en el concierto del progreso y al veterinario se le consideraba como el único con aptitud suficiente para desempeñar el cargo de inspector de carnes, las Escuelas, sin tener en cuenta el nuevo destino que se daba al veterinario, se olvidaron de dar al alumno la instrucción indispensable en el ramo de Higiene pública, que luego que fuera profesor tenía que desempeñar; olvido que no sólo en aquel entonces, sino que en lo sucesivo siguió y continúa actualmente».

«Esta deficiencia en la enseñanza, la falta de instrucción, tocaron bien de cerca sus resultados los que iban a desempeñar la inspección, porque desconociendo por completo lo que debían hacer en los mataderos, tropezaban a cada momento con obstáculos que les era muy difícil salvarlos, y con cuestiones que no podían resolver. Viose, por lo tanto, en la imprescindible necesidad de dedicarse a hacer un estudio especial teórico-práctico de cuanto tenía relación con los mataderos e inspección de carnes, y progresivamente fue instruyéndose para poder cumplir regularmente su nuevo destino; tuvo que suplir con su asiduo trabajo la falta que la enseñanza oficial cometía en este punto. Si

en la actualidad ese estudio no puede decirse que es completo y tal como es de desear, por lo menos se han hecho grandes adelantos que de mucho sirven al joven profesor que por primera vez entra a desempeñar la inspección de mataderos y carnes.»

Carecería de todo valor este lamento tan sincero de Morcillo y si al mismo tiempo que veía el mal no hubiera puesto remedio en la única forma posible a su alcance, como veterinario libre, oígamos sus palabras: empezó publicando por su cuenta un «tratado especial que pudiera servir de consulta en todos sus actos, y este vacío, si se quiere, es el que he procurado llenar en cuanto me ha sido posible». Cabe mejor solución. Nombrado inspector en 1854, a los cuatro años reúne un caudal de experiencias y conocimientos científicos suficientes para redactar su obra, famosa en nuestra bibliografía, titulada *Guía del veterinario inspector, o sea Policía sanitaria veterinaria aplicada a las casas-mataderos y pescaderías*. El éxito y el acierto de esta obra lo justifican el haberse agotado rápidamente la primera edición, publicada en Játiva en 1854, y una tirada hecha en Madrid el año 1861.

Esta primera edición es un pequeño libro en 16.<sup>o</sup>, que sólo comprende 197 páginas; es la obra de principio bien orientada. Como los veterinarios agotasen pronto las dos tiradas, el autor hizo una segunda edición en 1864, mejorada y aumentada, en 8.<sup>o</sup>, con 287 páginas; contiene una mayor experiencia y más documentación. Por último, hace una tercera y última edición en 1882, en dos tomos en 4.<sup>o</sup>, con IX-479 y 578 páginas, 10 de índices y tres láminas litografiadas. En veinticuatro años el pequeño manuscrito se ha convertido en dos grandes volúmenes pletóricos de ciencia y conocimientos prácticos.

Durante medio siglo los veterinarios españoles no han tenido otra obra de consulta, ni otro libro de orientación en la práctica de la inspección de carnes, que el «Guía» de Morcillo (6).

En relación con la inspección de carnes, Morcillo ha publicado otras varias obras, cronológicamente son: Memoria titulada *Enfermedades que con más frecuencia suelen ofrecer las reses destinadas al abasto público*. Madrid; 1865. Un tomito en 8.<sup>o</sup>, 127 páginas. Esta Memoria fue premiada por la Academia Central Española de Veterinaria; después, muy ampliada, se incluye en el «Guía», tercera edición. Tiene el mérito de se-

ñalar por vez primera la sintomatología, alteraciones de gran número de enfermedades como motivos de decomiso.

«Consideraciones sobre la hipofagia». Madrid, 1867, en 4.<sup>o</sup>, 50 páginas.

«Del cisticerco y la triquina». Madrid, 1878, en 4.<sup>o</sup>, 76 páginas.

Folletos de polémica, este último de un gran valor histórico y de un interés científico. «Los desgraciados sucesos del Villar del Arzobispo—escribe el autor—en Valencia acaecidos en diciembre de 1876, me indujeron a escribir este folleto en vista de que los periódicos de la capital que me habían brindado con sus columnas para aclarar en cuanto fuera posible aquellos sucesos, y que yo miraba de muy distinto modo que la Comisión, me cerraron sus puertas.»

Y su última obra publicada, *Higiene pública. Inspección de carnes*, Valencia, 1903, en 4.<sup>o</sup>, 283 páginas, el título no da idea de su contenido; el autor, con la profunda práctica de cincuenta años de inspector de carnes, hace un estudio acabado de este alimento, pero no sólo en el aspecto sanitario para desechar lo insano y aprovechar sólo cuanto es inofensivo y alimenticio; la obra de Morcillo tiende a otra finalidad, a la nueva orientación que se impone actualmente en la inspección veterinaria, y que el autor, con gran sagacidad, supo comprender hace más de veinte años. Estas son sus palabras: «El veterinario sanitario tiene el deber de contestar y resolver siempre que la autoridad le pregunte en las cuestiones promovidas, bien entre ésta y los matarifes o expendedores de carne, ya entre estos últimos y los compradores, todo cuanto se le interroga concerniente a este ramo de higiene, procediendo en tales casos como perito árbitro entre las partes litigantes, y para obrar con acierto es de absoluta necesidad conocer: 1.<sup>o</sup>, de qué animal procede la carne; 2.<sup>o</sup>, de qué región del cuerpo es la que le presentan en el reconocimiento; 3.<sup>o</sup>, si presenta sus caracteres normales de color, olor, sabor y consistencia; 4.<sup>o</sup>, valor nutritivo que se le puede conceder; 5.<sup>o</sup>, si está fresca o en estado de descomposición, y 6.<sup>o</sup>, perjuicios que su uso como alimento puede ocasionar a la salud pública. Estas son las cuestiones que a cada momento se ve el veterinario sanitario llamado a dilucidar, y sobre las cuales debe dar soluciones prontas, terminantes, sin vacilaciones y ajustadas a los principios de la ciencia y de su buen criterio higiénico.»

La intensa política de abastos implantada en la actualidad obliga con frecuencia a intervenir al veterinario en estas cuestiones, extraña a la sanidad, pero interesantes al comercio de la carnicería; el veterinario en estas cuestiones, extrañas a la sanidad, interviene con frecuencia en la categorización de las carnes para aplicar con justicia las tasas y las Ordenanzas gubernativas.

Repasando la obra de Morcillo, creador de la inspección veterinaria, hemos fijado la atención preferente en la carne por ser el alimento más saliente donde y más intervino; sin embargo, Morcillo no perdió de vista, y supo prestarle atención, a los demás alimentos que el hombre consume.

Aún se discutía en el IX Congreso Internacional de Veterinaria (La Haya, 1909) la necesidad del reconocimiento sanitario del pescado, moluscos, etcétera. Hasta hace pocos años el control sanitario de la leche y lacticinios no obedecía a ningún criterio científico. Es un hecho que hemos de registrar con relación a la inspección de la leche; en las obras más consultadas se citan los reglamentos de unas cuantas ciudades nórdicas y la labor de autores extranjeros, y todo ello con data de este siglo; conviene recordarlo con orgullo, en la primera edición del *Guía del veterinario* Morcillo establece cinco tratados; los dos primeros corresponden a la carne y el tercero al pescado, el cuarto a la leche y el quinto a las frutas, plan que conservó, algo variado, en las ediciones posteriores; como se ve, preocupa a Morcillo «abrir todas las facetas de la inspección veterinaria, convencido—dice—de que la función inspectora es la aurora que ilumina el deseado día de la regeneración de la clase; es el primero y más esencial escalafón que debemos franquear y que nos ha de conducir más pronto y directamente a la adquisición de nuestros desatendidos derechos y además la consideración social que por nuestra carrera y por nuestros conocimientos especiales nos corresponden». Esto escribía en 1882, y parece una profecía ante la amenaza que se cierne sobre la clínica equina; el veterinario encuentra en la inspección de carnes, en los mercados, una compensación de sus servicios, la congrua para asegurar su existencia profesional.

En el artículo citado de Molina se relata un hecho picaresco de política rural española: «Su vida fue amargada estos últimos años por los caíques y los *bigornios* de escuela libre, que hasta se apoderaron de la inspección de carnes, que ha-

bía honrado el creador de esta institución y el padre y maestro de una generación de inspectores.»

#### IV

Conjuntamente con la labor de Inspector de mataderos y mercados, Morcillo atiende su clínica veterinaria, recurso importante que garantizaba el presupuesto familiar; la figura de Morcillo clínico reviste también importante relieve; no pudo crear una especialidad, pero destacó vigorosamente su actuación científica y práctica.

Fue un hipiatra en el sentido más clásico de la palabra, y toda su actividad profesional está dedicada al caballo principalmente, «porque el caballo es aquí el solípedo que más se emplea en toda clase de trabajo», escribía en 1882; el caballo fue la única preocupación de la clínica veterinaria hasta estos últimos años, en que el caballo mecánico amenaza terminar con el motor de sangre; en compensación con los descubrimientos de la bacteriología se han iniciado fecundas aplicaciones de inmunoterapia, abriendo un amplio horizonte para la intervención veterinaria, en beneficio de la riqueza ganadera.

Situados en la mediación del siglo pasado, el veterinario sólo se preocupaba de atender las dolencias de los équidos; aunque un ilustre autor de la época, Casas de Mendoza, preocupó algo de los demás animales domésticos, la profesión en general y el público en particular sólo buscaba el veterinario para curar las enfermedades del caballo, del mulo, etc., que utiliza como motores.

El mismo Morcillo, hasta en los últimos años de su vida, sólo atiende a la clínica, aun cuando tenía capacidad científica y cultura profesional para dedicarse a la *medicina zoológica*, como dice con alegría infantil que debía llamarse nuestra profesión. *La sarna de las gallinas*, folleto editado en 1895, demuestra la competencia del autor para atender y laborar en el amplio campo de la patología pecuaria, que ahora decimos, achicando el marco zoológico.

Al estudio del caballo dedicó Morcillo muchos años; quiso escribir una obra «que hablase del caballo, empezando por indagar su origen, su importancia y cuanto el veterinario, en mi concepto, debe saber de este brioso y hermoso animal» (*Hipografía*, 1899), y si bien no pudo completar sus

propósitos, nos ha legado varias obras publicadas e inéditas que demuestran su gran afición y sus profundos conocimientos en hipiatría. Antes de hablar de sus publicaciones clínicas quiero hacer mención de su obra la *Hipografía*.

Tiene esta obra, verdadera enciclopedia hípica, un antecedente pequeño, un germen insignificante, que, sin embargo, sirvió de punto de partida para formar dos grandes volúmenes, y sin conseguir dar cima al programa que se trazara el autor. En 1882 se publica en un folleto con el título *Exterior del caballo. De los reconocimientos de Sanidad*. Lo que fue, sin duda, un artículo en *La Alianza Veterinaria* pasó a formar este pequeño folleto donde se resume una serie de consejos prácticos y morales que el veterinario ha de tener presente durante el reconocimiento de sanidad, «el asunto más difícil y complicado de los que tiene que ejecutar el veterinario en el ejercicio de la profesión, el de más compromiso y el que más directamente influye en nuestro descrédito».

Comprendiendo toda la importancia que tiene el exacto conocimiento del caballo para poder juzgar con certeza, con exactitud y, sobre todo, con base científica, superior a cuanta puedan tener los chalanes y tratantes más expertos, Morcillo emprendió la obra magna de escribir una hipografía en cuatro voluminosos tomos con el siguiente programa que él mismo trazó:

»En el primero me ocuparé del caballo en general, su origen, pueblos que primero lo han domesticado y servicios de él, influencia que ha tenido en la civilización, importancia que ha dado a las naciones, según su número y condición, etc.

»En el segundo tomo trataré del caballo en particular, sus razas y subrazas, caracteres que las distinguen hasta donde puede alcanzar, dado el sinúmero de cruzamientos y mezclas que se han hecho; de la mula y del asno.

»En el tercer tomo me ocuparé de Zootecnia aplicada a la cría caballar, su decadencia y medios de mejorarla, y otros asuntos que se relacionan con el caballo.

»En el cuarto tomo indicaré los asuntos más esenciales del exterior del caballo, sin constituir tratado especial y completo de esta rama de la Veterinaria.» (*Hipografía*, fol. VII.)

Tales eran los pensamientos del autor cuando emprendió esta difícil tarea, y, como sospechaba en 1899, no pudo concluir su obra, pues sólo llegó a escribir el primero y el segundo tomo.

El prólogo de esta obra, destinada desde el principio a permanecer inédita, está escrito con una valentía y sinceridad que no hemos visto en ningún otro trabajo; arremete valientemente contra las deficiencias de la enseñanza en las Escuelas en tonos durísimos, incluso zahiriendo a algunos profesores cuyas explicaciones se relacionaban con las asignaturas Exteriores y Zootecnia. Como mi ánimo es sólo exponer la labor positiva, no me hago cargo de estas manifestaciones críticas.

Y volvamos a la *Hipografía*. El primer tomo está dedicado a la historia del caballo; mejor dicho, «al caballo en la historia»; como ha dicho un famoso autor, no hay hecho glorioso en la historia de la civilización que no participe el caballo; ha sido preciso llegar al siglo de la electricidad para desterrar al caballo como trono natural de todo gran caudillo o de conductor de multitudes, como son los autores o reformadores de la historia. Esta obra es toda cultura, erudición, aun cuando faltan documentos de primera mano como los que se citan en la clásica obra de Pietremont *Les chevaux dans les temps préhistoriques e historiques*, París, 1897. No olvidemos que el autor francés escribe en París, con el Museo de Louvre y la Bibliothèque National para consulta; el español lo hace en su casita de la ribera del Júcar; lástima que esta obra no fuese publicada, porque es acreedora a ver la luz pública y servir de consulta como introducción a la hipología. Temeroso se mostraba Morcillo con este libro cuando escribía: «Mañana, cuando yo pase a mejor vida, no sé dónde irá a parar y el destino que le espera, que tal vez no sea muy bueno si antes no la condeno a un auto inquisitorial, a la hoguera, que es el mejor destino que le puedo dar.»

Salvar del fuego esta obra es un deber profesional; como todavía no ha llegado la veterinaria a poder dedicar atención a las cuestiones bibliográficas, hemos de esperar que, andando el tiempo, este manuscrito sea impreso en alguna biblioteca dedicada a la literatura hípica, cuando el caballo pase al dominio de la arqueología.

La gran cultura hípica, en el amplio sentido de conocimiento de caballos, la demuestra Morcillo en el tomo II de su *Hipografía* (1900), constituido por un gran volumen de 513 páginas en folio, dedicado exclusivamente a describir las razas de caballos del mundo entero.

Dice acertadamente el autor: «Como soy de opinión que el veterinario debe tener conocimien-

to de cuantos caballos existen, que constituyen castas o razas nacionales, los citaré en este tomo con los nombres que generalmente se los conoce y países en que existen.»

Cumple a satisfacción este cometido; en la obra describe con minucioso detalle las razas caballares del universo, deteniéndose mucho en la descripción de los caballos de España, dando noticias interesantes y detalles curiosos sobre los tipos y caracteres del caballo indígena, según los diferentes provincias; también dedica unos párrafos muy sustanciosos a la cría caballar y su funcionamiento; a pesar de estar escritos hace treinta años, tienen una gran actualidad, y es que las mismas causas producen iguales efectos cualquiera que sea la fecha del fenómeno.

Al estudio del asno y de sus híbridos, mulo y burdégano, dedica sendos capítulos, haciendo el estudio zootécnico por razas, siguiendo el mismo criterio que ha empleado para los caballos; termina el tomo con un estudio sobre la cebra.

Esta obra contiene varios dibujos hechos a lápiz, con figuras de los ejemplares que describe, dibujos diseñados por el autor y rectificados por el señor Carchano, dibujante de Játiva.

Por múltiples razones resulta lamentable que esta interesante obra quedara inédita; con su publicación se habría demostrado quiénes saben más de caballos en todos sus aspectos de crianza, morfología, aplicaciones, etc.

He roto el orden cronológico de publicación de Morcillo, empezando por este tratado, porque robustece mi afirmación que este autor fue sólo hipóatra, buen conocedor de la materia prima que debía tratar y cuidar; no puede extrañarnos que de un buen zootécnico y excelente exteriorista salga un admirable clínico; al fin, todos nuestros diagnósticos son síntomas objetivos, y el tipo, el hábito exterior, ayudan en todas las ocasiones a conocer la dolencia que aqueja al bruto; la falta de palabra tiene que suplirla con ostensibles manifestaciones corporales para anunciar la enfermedad que destruye su organismo.

Para juzgar de la competencia clínica de Morcillo acudimos a sus obras publicadas e inéditas donde ha dejado rastro de su capacidad y competencia práctica y científica.

Inaugura su labor de nosología veterinaria con la publicación de una monografía titulada: *Enfermedades de las fosas nasales*, Madrid, 1862. Independientemente de las enfermedades comunes que

se localizan en estos órganos, la atención preferente se fija en el muermo, que ocupa la casi totalidad del libro; el valor científico de esta memoria, de excepcional mérito, radica en su contenido, constituido por una serie de historias clínicas recogidas por el autor y anotadas con minuciosidad de un clínico consumado; este género de publicaciones constituye una rareza en la bibliografía veterinaria; la mayoría de los profesionales que ejercen en los pueblos jamás anotan nada de cuanto ven en sus «visitas», y es indudable que las historias clínicas u observaciones, como dice Morcillo, constituyen los materiales máspreciados para la formación del edificio patológico; no es oportuno llamar la atención referente a las teorías patológicas que defiende el autor en esta obra y principalmente sobre el muermo; admite esta enfermedad como entidad de carácter general aun cuando sólo presente localizaciones en la pituitaria; también admite la contagiosidad, pero, repito, el mayor mérito del tratado corresponde al gran caudal de datos de observación personal que el autor cita y comenta en sus páginas. Si Morcillo hubiera tenido muchos imitadores la patología veterinaria española estaría hecha y sabríamos cuáles son las enfermedades principales de nuestros animales; como todos se callan, para buscar ejemplos prácticos hemos de acudir a los autores extranjeros; por cierto que algún fatuo catedrático ha sacado la peregrina teoría de que la ganadería española está favorecida por la divina Providencia, pues no se registran hecatombes ni mortandades, que causan la destrucción de piaras y rebaños enteros; el silencio y la ignorancia lo juzgan como ventajas de nuestro privilegiado país; sobre todo esto podía escribirse mucho.

Tierra de huertas, abundancia de abono animal, hace que el tétanos sea frecuente en la clientela de Morcillo; la enfermedad es grave y llama la atención de todo espíritu curioso su cronicidad, con frecuencia incurable, y siempre de tratamiento de dudoso éxito, de escasa confianza, acucia el ingenio del clínico. El tétanos es enfermedad que atrae constantemente la atención del veterinario y constituye una frecuente preocupación. Morcillo publicó una monografía titulada *El tétanos*, Játiva, 1882, avalorada, como siempre hace en esta clase de trabajos, con numerosas observaciones personales; en esta publicación se preocupa principalmente del tratamiento con este sano propósito «de señalar los diferentes medicamentos que se han

empleado y resultados que con ellos se han obtenido, con el fin de que el veterinario los conozca y adopte el que mejor le parezca». Pocos años después, el 1884, Nicolaier demuestra el papel específico del bacilo tetánico; en 1889, Kitasato da a conocer un método que permite aislar el bacilo y cultivarlo en estado puro; toda la obra de nuestro compañero quedó enterrada apenas nacida. Morcillo, que sigue con entusiasmo toda la evolución científica, comprende que precisa renovarse, y escribe una obra sobre el mismo tema con el título, algo extraño, de *Neuromiología*, año 1895, que no llegó a publicarse, pero refleja perfectamente el espíritu del autor en estas palabras: «El progreso siempre creciente de la Medicina imprime cambios tan notables en esta ciencia que hacen insuficientes y hasta inútiles lo antiguo, obligando al profesor a que esté al corriente de su progreso, si no quiere pasar por inepto y torpe.»

«De aquí que todo cuanto se ha dicho de la neuromiología (tétanos) hay que olvidarlo, porque de nada nos aprovecha en la actualidad, y hay nece-

sidad de estudiar esta enfermedad en el día bajo las nuevas ideas reinantes. Lo que llama gráficamente la idea microbiana.»

Tales palabras, escritas por el «anciano veterinario español que ya está pisando el umbral de la otra vida» (esto escribía a los sesenta y siete años), demuestra una flexibilidad de enjuiciamiento nada común en los viejos, flexibilidad que le obliga a olvidar todo lo que sabía, a encarrilar el criterio clínico por derroteros nuevos que abría la ciencia bacteriológica, aunque eran legión los que por inopia mental no aceptaban ni comprendían sus indicaciones.

Con ser valiosas las obras que hemos reseñado, demostrativas de la cultura del autor y del cuidado que el práctico pone en la observación de los casos recogidos en su clínica, sin embargo no representan la obra fundamental del veterinario práctico, como lo fue Morcillo; como clínico debió preocuparse preferentemente de tres cuestiones: las indigestiones, las cojeras y las castraciones, el mismo trígono que actualmente preocupa al veterinario moderno que ejerce la profesión.

Simplificando más, se considera apotegmático que al veterinario, en la práctica, sólo deben preocuparle los cólicos y las cojeras; pronto esta realidad azotó a Morcillo, en cuanto empezó el ejercicio profesional y máxime cuando él mismo hace esta declaración: «las indigestiones son las enfermedades que con más frecuencia se presentan en los solípedos de esta provincia» (Indigestión, página 7), y, con razón, aconseja «a los veterinarios que recomiendan a los dueños de ganados prácticas de higiene en la alimentación de sus caballos para evitar los grandes trastornos que ocurren cuando el abandono y el desorden guía el racionamiento de los animales; la misión del veterinario, para su clientela, no es únicamente curar las enfermedades que padecen sus animales de trabajo, sino prever y evitar aquéllas por cuantos medios nos sea posible». (Loc. cit., p. 10.) No cabe mejor norma de conducta profesional.

Las publicaciones de Morcillo, relacionadas con los cólicos, corresponden a los años 1884 y 1901, aquélla publicada por el título *De la indigestión en los solípedos*, en Játiva, 1884, y esta última, inédita, se titula *Indigestión de los solípedos*, fechada en 20 de febrero de 1901. Estas obras, como todas las del autor, contienen numerosas prácticas y observaciones personales recogidas en la clínica; hay un párrafo en esta obra que denota

# Claudografía

## Tratado de las cojeras de los solípedos.

Por  
D. Juan Morcillo Olalla, Veterinario de 1<sup>a</sup> Clase, socio honorario de la Academia Central de Veterinaria Española, Subdelegado, Juezintor de Corres y Vocal de la Junta Municipal de esta Ciudad.

1<sup>a</sup> Parte.

Játiva año 1877

Facsímil de la obra inédita «Claudografía», en seis volúmenes.

el dominio de Morcillo en estas cuestiones; su lectura nos recuerda el gran práctico, confiado de sus conocimientos y certero ojo clínico, ante la presencia de un animal enfermo.

«En los casos de indigestión—dice—es de absoluta necesidad que el práctico tenga calma, que no precipite el tratamiento, temeroso de que su inacción va a agravar el mal o que sobrevenga la muerte antes que empiece a dar medicamentos; esta calma y seguridad sólo se consigue con el tiempo y haber visto muchos animales enfermos, con lo que adquiere el práctico ese golpe de vista médico que le hace conocer la mayor o menor gravedad que la enfermedad presenta desde el momento que ve un enfermo.» (Loc. cit., pág. 79).

Sus palabras, escritas hace medio siglo, pueden repetirse en la actualidad; también acierta cuando dice: «Sensible es confesar en este lugar que, en general, la indigestión se trata rutinariamente: cada profesor usa un medicamento o un tratamiento constante e igual en todos los casos, no llevando otra idea que procurar que salgan los materiales que están acumulados en el aparato digestivo al exterior», y «sobre este juicio emplean los purgantes como los más adecuados a llenar la indicación que se proponen». (Loc. cit., pág. 78).

Ha variado la naturaleza química de los remedios: los purgantes poli-farmacéuticos en borbajes, opiatas, bolos, etc., que administraban los antiguos veterinarios; se administra actualmente mediante una inyección; ha cambiado la droga, ha mejorado la eficacia del medicamento: además, su aplicación se ha hecho muy fácil, menos expuesto a complicaciones; pero el criterio clínico sigue muy semejante; ante una indigestión se piensa siempre en el clásico «cólico por repleción de viandas» de nuestros albéitares, y pocas veces se intenta un diagnóstico diferencial.

La lectura de esta obra ilustra muchos puntos relacionados con la patología interna, porque Morcillo se desborda del tema a cada momento, tiene muchas cosas que contar y todas son interesantes, y, sin perder el hilo de la cuestión primordial, deja ideas y observaciones tendidas en curiosas disquisiciones, que valoran toda la obra; no puedo resistir la tentación de copiar estas apreciaciones sobre los específicos que por aquellas calendas hacían su aparición y actualmente inundan la terapéutica para comodidad del médico y del veterinario; las razones y dictáterios suscritos por Morcillo, como otros muchos que sabían recetar, no han podido resistir

la propaganda comercial, que se ha apoderado de la voluntad de los enfermos y de la ciencia del clínico; escribió en 1884: «Somos enemigos de los específicos, o más bien de todas esas preparaciones que, tanto en veterinaria como en medicina, se dispensan para determinadas enfermedades, que tanto se encomian y que, inventadas la mayor parte por los farmacéuticos, les falta el veredicto de la experimentación que acredite su eficacia y su verdad. Hoy el veterinario, como el médico, no usa más que preparaciones cuya composición desconoce, que, como hemos dicho, ha confeccionado un farmacéutico como medio de especulación y siguiendo la corriente de no tener en las oficinas de farmacia más que específicos, cuyos efectos suele desconocer el mismo inventor, porque no creemos que el farmacéutico se halla en condiciones adecuadas para observar una y mil veces los resultados que una composición medicinal produce en un organismo enfermo, y además, ¿siempre esos organismos tienen iguales condiciones y las enfermedades que padecen son constantemente idénticas en sus manifestaciones y complicaciones? Seguramente que no; somos de opinión que el uso que se ha generalizado tanto entre los médicos y veterinarios de emplear específicos en el tratamiento de las enfermedades marca muy a las claras un paso de retroceso en la ciencia de curar, porque esto demuestra que desconocen la terapéutica y la farmacología, que no tienen idea alguna del modo como obran los agentes medicinales en el organismo y que desconocen la enfermedad; fían la curación de ésta al farmacéutico, puesto que emplean el medicamento que aquél les dice que es bueno y que el profesor de la ciencia de curar desconoce y propina a sus enfermos a ciegas. Esto, bien mirado, es hasta deshonroso para el veterinario y el médico, que deben propinar a sus enfermos los agentes medicinales bajo fórmulas que pueden llenar las indicaciones que las enfermedades reclaman; obrar como en la actualidad se hace es el más absurdo de los empirismos. (Loc. cit., página 93).

A Morcillo, clínico, le preocuparon desde el primer momento las cojeras, como él mismo dice: (Tratar de las cojeras es un asunto sumamente delicado, pero que nadie negará que tiene un gran interés para el veterinario. Las cojeras—continúa—es la piedra de toque de la veterinaria, que es donde con más facilidad se pierde nuestra reputación científica, que es la clase de enfermedades que dia-

riamente se nos presenta en la práctica, que son las que nos comprometen, y más que comprometernos, nos aburren, nos desesperan y nos hacen en muchos casos hasta estar arrepentidos de ser veterinarios; las cojeras, que después de veinticinco años de ejercer la profesión en este país, en donde tan frecuentes son, me han consumido cuatro para confeccionar este tratado penoso y que hoy tengo la satisfacción de ver concluido.» Estas palabras figuran en el prólogo de la *Claudografía o tratado de las cojeras de los solípedos*, obra en seis volúmenes escrita el año 1887 y que no llegó a publicarse.

En esta obra, verdadera enciclopedia de las enfermedades externas de las extremidades, escrita en plena actividad del autor, se pueden admirar dos cosas: el hombre de ciencia, leído, documentado, y el hombre práctico que describe con certeza, seguridad, el manual exploratorio y los métodos curativos; la primera parte, con el título de *Cojeras en general*, constituye un manual excelente para la exploración, no hay detalle que pase en silencio del autor; no hay signo, síntoma, que se escape sin su apreciación crítica; para comprender el valor extraordinario de este volumen, afirmamos que, después de medio siglo, no dicen más los autores modernos; las obras que ahora consultamos tendrán más rigorismo científico en la exposición, mayor caudal de datos gráficos en las descripciones, pero no contienen más conocimientos prácticos; añadir la anestesia local como medio de diagnosticar, por cierto de muy escasa aceptación, y la obra de Morcillo quedará al día: las cojeras se diagnostican en su causa y su localización mediante la observación; los antiguos sabían mirar, no podían repetir los fenómenos vitales, fisiológicos o percepción directa para comprender y explicar los hechos objeto de su estudio.

Cinco gruesos tomos siguen a este primero, donde Morcillo estudia todas las enfermedades y lesiones que asientan de las extremidades desde la punta del casco hasta la espalda en los anteriores y hasta el anca en los posteriores, pasa revista a todas las enfermedades que puedan dar lugar a la cojera, indicando sus causas, síntomas, diagnóstico diferencial, tratamiento, etc.

Con razón ha podido escribir Morcillo que «este tratado de cojeras constituye una recopilación de todo lo que hasta el día se ha escrito, con aplicación de todo lo que nuestra práctica de veinticinco años nos ha enseñado». «Y—en otro lugar—tiene

la ventaja este libro de que puede conceptuarse como la biblioteca de las cojeras donde en una ojeada puede el práctico consultar cuanto se le ocurre».

Estas palabras del autor reflejan perfectamente la realidad de claudografía, es el resumen de cuantos conocimientos existían en aquella época sobre las enfermedades capaces de ocasionar cojeras a los solípedos, el juicio es exacto a pesar de su amplitud.

Queda una tercera preocupación profesional en el hombre práctico y clínico: las castraciones de solípedos; entonces muchos veterinarios no castraban porque no sabían; algo ocurre ahora en la castración de las cerdas. Morcillo se presenta como modelo, ha ejercido treinta y siete años, ha castrado más de cuatro mil solípedos, la mayor parte, caballos; anima a los compañeros con estas palabras: «La castración es muy sencilla de ejecutar, lo tiene sancionado la experiencia y lo confirma mucho más el ver que, castradores con escasos, o puede decirse nulos, conocimientos la practican con buen resultado; generalmente, practicar la castración con conciencia de lo que se hace, científicamente, y con las reglas exactas de la cirugía a ejecutar, empíricamente hay mucha diferencia, que en muchos casos es bien manifiesta y que distingue al profesor perito del imperito». («Trat. de Castraciones», fol. V).

Para animar y para enseñar a sus compañeros escribió el *Tratado completo de la castración del solípedo*, año de 1888. La obra contiene cuantos conocimientos exige esta operación: descripción anatómica, técnicas operatorias, atenciones y cuidados después de la operación, medio de evitar y curar los accidentes...

Sentimos la tentación de copiar estas palabras que expresan muy bien los propósitos del autor:

«Debo de aconsejar a los profesores, y en particular a los jóvenes, que la serenidad, la calma y las buenas maneras en las operaciones no deben olvidarse nunca, y muy especialmente en la castración, porque esto hará ver a los profesores y dueños de animales que presencien el acto que somos peritos en la materia. Por el contrario, la precipitación, el aturdimiento, la incertidumbre y las maneras bruscas pondrán de relieve el empirismo y los escasos conocimientos del profesor, demostrando que no tiene conocimiento ni seguridad en lo que hace». (Loc. cit., fol. IX).

Convencido de la importancia que tienen los

dibujos para mejor comprender las descripciones de toda técnica operatoria, Morcillo intercala en esta obra algunas figuras, copiadas y originales; el escritor documentado, el expositor hábil y metódico se complementa con el dibujante para conseguir una mejor comprensión por parte de sus lectores; estos dibujos también fueron retocados por el señor Carchano.

A más de estas obras completas, Morcillo ha escrito un centenar de artículos; muchos de ellos son historias clínicas de casos recogidos en su práctica profesional; estos artículos vienen a confirmar la competencia que el autor tenía en patología animal.

\* \* \*

He querido en esta reseña bibliográfica exponer los conocimientos que tenía Morcillo en aquellas cuestiones más palpitantes en relación con la veterinaria práctica, y como aficionado a los buenos libros, tengo que lamentar hayan quedado inéditos tales trabajos; cuya publicación hubiera enriquecido la literatura veterinaria, tan pobre de originalidad, que obligó en estos últimos años a vivir de precario, con traducciones, principalmente francesas; el trabajo y labor cultural de Morcillo se han perdido a causa del ambiente de miseria mental, más funesta que la miseria material, en que se desenvolvía la profesión veterinaria durante el último tercio del siglo pasado; el mismo autor se lamenta de semejante estado profesional. «Somos una clase pobre, poco aficionada a tener libros y estudiar y, en la actualidad, poco instruida en general». Anteriormente escribía: «que siendo la generalidad de los profesores de escasos conocimientos», con semejante público sólo tenía segura la venta de los manuales o tratados elementales, como fue costumbre editar durante todo el siglo pasado; con ello salían del paso quienes tenían obligación, a veces hasta por disposiciones legales, de elevar el nivel científico y crear nuevas generaciones de veterinarios instruidos y cultos. Contra estas medianías Morcillo eleva su protesta platónica. «Veamos—dice—que estos elementos y compendios satisfacen tan poco al profesor que se halla establecido, que toda su labor tenía a publicar obras de consulta que necesita el veterinario para salir airoso de su clínica», el aspecto económico constituye un fuerte impedimento, y la obra grandiosa y verdaderamente práctica que

se produjo en veterinaria durante la segunda mitad del siglo XIX quedó inédita, custodiada actualmente por manos cariñosas que han evitado su destrucción y dispersión.

Resulta interesante y simpática la figura de Morcillo, como publicista, leyendo sus libros y sus manuscritos, la sencillez de su estilo y el conocimiento profundo de las cosas que describe; cuando la profesión se permita lujos o pasatiempos literarios y se forme una antología de clásicos de la veterinaria no pueden faltar trozos y descripciones de Morcillo, al menos de hacer una obra incompleta; tomando como base estas obras y estos manuscritos he querido satisfacer esta curiosidad: situación de Morcillo dentro de la evolución veterinaria; es decir, valor representativo de la obra de Morcillo en la larga trayectoria profesional.

Contestar a estas preguntas resulta fácil: Morcillo representa la continuidad de nuestra gloriosa tradición veterinaria, no es un caso de aparición brusca, inopinadamente; decía en páginas anteriores que la labor de Morcillo representa un caso típico de hipiatría; leyendo sus trabajos recordaba las obras famosas de maniscalcia de los escritores medievales, Giordano Rufo, Laurencio Rusio, Pedro Crecentino: las obras de Albeitarah, de Abou Berkr Iben Berd (El Naceri); las opiniones del geopónico sevillano Abou Zaacria-Ihaia, del hipólogo granadino Aly Ben Adderrahman Ben Hodeil y las obras de albeitería española desde Mosén Díez, La Reina, Calvo, López Zamora hasta Cavero y otros. En efecto, algunos de estos tratadistas—menos los árabes—, y aun los hipiatras greco-latino son citados en varias ocasiones en las obras de Morcillo; en su libro la *Neuromiología* escribe: «Me ocupo de todo cuanto se relaciona con el tétanos, hago una reseña bibliográfica histórica de cuanto se ha dicho de esta enfermedad desde los primeros tiempos hasta la actualidad». Continúa la obra de sus antepasados y recoge la de sus contemporáneos para añadir sus propias observaciones.

Por no haber podido publicar Morcillo sus obras, la veterinaria española no cuenta con un resumen de la observación de muchos siglos con relación a la patología animal; Morcillo vive los últimos tiempos en que la ciencia biológica se satisface con la sola percepción de la realidad, abastecida por la mera observación relativa a la materia o campo de estudio, llegó al umbral de la experimentación, sin rozar sus encantos ni catar la gloria de nuevos descubrimientos; actualmente la experi-

mentación sobrepuja en importancia a la observación misma; la ciencia biológica exige más, como ha dicho Claude Bernard: «la observación muestra, la experiencia instruye»; así, pues, «la experimentación científica, según expresión de Pittaluga, constituye una *actividad económica*, porque reduce la determinación causal del mecanismo del fenómeno o del hecho objeto de estudio a la voluntad del observador»; no hay que esperar la ocasión adecuada a su producción en la naturaleza; el hombre, mediante la experimentación ocasiona el fenómeno, imprimiendo el ritmo adecuado a los plazos, como dueño, tanto del determinismo natural como de las causas de variación; la investigación científica, aplicada a la medicina animal, se inició, mejor dicho, se generalizó cuando nuestro autor no podía colaborar en esta obra de exploración.

Sin embargo, la obra de Morcillo, al haberse publicado, hubiera colmado un gran abismo que presenta nuestra profesión en el siglo XIX, cual es saltar desde la albeitería de Cavero a las teorías bacterianas, sin que tengamos una obra seria donde se comprendie toda la tradición cultural, escrita con el método y el rigorismo científico impuesto en veterinaria al fundarse las escuelas; los tratados elementales, que tan frecuentes fueron en estas épocas, no sirvieron para colmar este abismo, sirvieron únicamente para sostener medio siglo de la albeitería en su fase de decadencia, cuando todo el mundo se apresuraba a una renovación.

La obra de Morcillo, repito, debió cumplir esta misión cultural: recopilar lo antiguo para servir de base a la experimentación, que ha abierto nuevos métodos para vencer la imposibilidad hostil de la naturaleza.

No fue así, y hemos dicho las causas; pero digamos también que hubo un hombre laborioso que había realizado esta labor; a nosotros, ahora, sólo corresponde que con nuestro trabajo, por contraste, sepamos valorar el trabajo ajeno.

\* \* \*

Ya que Morcillo, clínico, no pudo imprimir una orientación original a la veterinaria contemporánea, como hizo en la inspección de carnes, ya que, desgraciadamente, sus mejores trabajos de patología han quedado inéditos, y aunque algo hemos dicho de su valía científica y práctica, no quiero terminar este estudio sin decir algo del juicio crítico que tenía el autor sobre la Medicina.

Como apéndice de la obra *Neuromiología* aparece un discurso titulado *Del grado de certeza en Medicina*, trabajo escrito con el deliberado propósito de no publicarse nunca el tono del texto y las apreciaciones que hace sobre la Medicina, los médicos y los veterinarios se guarecen en la confianza de que nunca serían impresos.

En las obras de Morcillo hemos leído frecuentes expresiones para juzgarlo como un escéptico, vicio añejo ciertamente en filosofía médica, llegando a un recrudescimiento intenso a mediados del siglo pasado, como síntoma del fervoroso culto dispensado al libre examen profesional.

La opinión de Morcillo sobre la eficacia de la Medicina está compendiada en estos párrafos, publicados en la obra *De la ingestión*, 1884.

«Dos extremos toca en su vida profesional el individuo dedicado al ejercicio de la Medicina: una, lleno de ilusión, en la juventud, que, faltó aún de experiencia, se cree potente para desafiar las enfermedades y fácil el vencerlas; en ella predomina la fatal idea de que aglomerando medicamentos se consigue la salud; además, la honrilla del profesor, de cuya memoria no se aparta aquel axioma: «Cuando vayas a visitar al enfermo haz siempre alguna cosa nueva, porque los asistentes no te tengan por idiota».

«La segunda es la de vejez, época de escepticismo, de desengaño, que la observación y el tiempo nos ha puesto de manifiesto lo falaz e insegura que es la Medicina, la incertidumbre de la acción de los agentes medicinales, contrariada veces mil por condiciones orgánicas que no podemos apreciar. No precipitan la medicación, porque tienen el convencimiento que las enfermedades que aquejan al organismo tienen su término de duración, que el hombre no puede variar ni detener tan fácilmente como se creía en la primera época, y la idea predominante es esperar, aprovechar el momento de oportunidad, llevando por norma aquel dicho: «Que la mucha aplicación y variedad de medicamentos es hija de la ignorancia». Sólo el profesor poco instruido cree que las enfermedades se curan más pronto con la continua aplicación de remedios y variación de ellos. El gran secreto está en aplicar los medicamentos que reclama la dolencia, aplicarlos en el momento oportuno y tener calma para esperar el tiempo necesario para que desarrollen su acción en el organismo enfermo». (Loc. cit., pág. 5).

Como resumen de estas manifestaciones, Morcillo, de haber conocido la obra del profesor escocés doctor Gregory, *Moral Médica*, hubiese suscrito estas palabras: «Cuando salí de la Universidad conocía veinte remedios, cuando menos, para cada enfermedad; ahora, que ya he vivido mucho, hay más de veinte enfermedades, para las cuales no conozco un remedio siquiera.»

Después de muchos años de ejercicio profesional, después de haber visto muchos casos, sufrido muchos fracasos, nada extraño es comprobar esta falta de fijeza de juicio, menor decisión y confianza que tendría en los primeros años, apenas terminada la carrera.

Muy duro se muestra Morcillo en este discurso, llegando a escribir consideraciones que prueban hasta la evidencia la incertidumbre que hay en Medicina y la poca fe que hasta los médicos tenían en su cacareada ciencia.

«Desde que se conoce lo que se llama ciencia de curar no se vienen haciendo más que tanteos para ver si se puede llegar a la verdad y al positivismo que debe tener la Medicina, y, a pesar de tantos hombres de buen ingenio, no ha sido posible aún llegar a conseguir el objeto esencial y final del arte médico: curar con algún grado de certeza y seguridad las enfermedades.»

No queremos seguir al autor en sus diatribas contra los sistemas médicos y menos en sus anatemas contra la conducta de muchos médicos; quiero sólo fijar la atención de los lectores sobre este hecho: Morcillo es un cultivador más del escepticismo médico de la época; muchos años después, el doctor Bejarano dedicó gran parte de su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina a estudiar y refutar estas teorías.

A ningún espíritu culto, analista u observador debe sorprender el escepticismo de Morcillo; «la duda, ha dicho Sócrates, como sistema y como fin es demoledora y estéril; en cambio, como principio y como método constituye un elemento de verdad y un germe de progreso»; la duda por método, como quiere el filósofo griego, constituye una disposición favorable de criterio para alcanzar la verdad, un estímulo obligante para intentar distinguirla de los espejismos de la fantasía; el creyente no tiene poros, su juicio se forma por superposición de capas externas que otros elaboran; el escéptico siente el acuciamiento de la curiosidad y procura primero ver los hechos para creer y después repetir varias veces la misma

observación hasta conseguir la certeza que tanto repugna a su criterio; el escepticismo de Morcillo se fundamenta en la ignorancia que tenemos de los orígenes de la vida y, como consecuencia, de las causas de la enfermedad. No intento rebatir ni hacer exposición sobre estos hechos; sólo he querido citar un rasgo característico, informativo del criterio del autor, y nada más, porque considero el escepticismo filosófico como preocupación de hombre culto y pensador.

## V

Realmente la obra periodística de Morcillo se extendió por todas las revistas profesionales que se publicaron en España, por muchos periódicos de la región levantina y hasta publicó artículos en periódicos americanos; la obra del periodista profesional que pretende guiar las colectividades y defender los legítimos derechos que con justa razón viene reclamando la veterinaria, está representada durante los años que dirigió *La Alianza Veterinaria*.

Labor profesional de lucha y mejora, de crítica y soluciones fue hecha en las páginas de esta revista quincenal, que empezó a publicarse en enero de 1882 y cesó en enero de 1886. Nació la revista como órgano de la «Asociación veterinaria de las riberas del Júcar», creada en 1881, cuyos propósitos, según los fundadores, fue «secundar con valentía y entusiasmo, como lo han hecho los veterinarios de otros partidos, para que nunca pueda decirse que los veterinarios y albéitares valencianos hemos permanecido en la inacción, en el indiferentismo y no hemos ayudado a nuestros hermanos de profesión y de infortunio» (Circular, 15 de agosto de 1881).

Aunque nos separemos un poco del tema biográfico conviene señalar un hecho simpático iniciado a mediados del siglo pasado. Me refiero a la creación de academias o sociedades de veterinarios para la defensa de los intereses colectivos y estímulo de trabajos científicos; es lamentable que todavía no hayamos conseguido una potente organización societaria que sepa imponer y defender nuestro patrimonio, que no tengamos una corporación científica de prestigio; la única forma de asociación vigente en veterinaria son los colegios, y esto porque es obligatorio.

La noticia de la primera asociación de veterinarios que he podido encontrar se refiere a la titulada «Sociedad Veterinaria de Socorros Mutuos», fundada en el año 1841 (7). Atendiendo al título se comprende «el filantrópico objeto de esta Sociedad: es de proporcionar medios de subsistencia a los socios cuando se imposibilitan en el ejercicio de la profesión, a sus viudas e hijos huérfanos y, en su defecto, a sus madres también viudas y a sus padres, siempre que sean mayores de sesenta años y no tengan recursos para vivir». Esta Asociación no interesa a nuestro tema, pero inicia la agrupación de veterinarios para fines colectivos de la profesión.

Años después, los alumnos del curso de 1849-50 acuerdan fundar una «Academia Médico-Veterinaria Matritense», que, según un cronista de la época, «el origen ha sido la emulación laudable entre varios alumnos que les ocurrió la feliz idea de asociarse para poder ventilar en debida forma las muchas cosas cuestionables y dudosas que presenta la difícil ciencia». Persigue esta Academia una finalidad científica o pedagógica; iniciase la inquietud en la masa escolar para discutir, aprender y acrecentar la cultura recibida en la cátedra. ¡Sana rebeldía espiritual que pronto trascendió a otros aspectos de la vida profesional!

Llegamos al año 1855 y el 14 de enero se crea «en todos los dominios de España» la «Academia Española de Veterinaria». El objeto de «esta Asociación es procurar los adelantos científicos de sus individuos y la adquisición de los derechos que les corresponden». Aparece por vez primera incluida entre los fines sociales la defensa «de los intereses para la generalidad de los asociados». Se inicia la preocupación social, el mejoramiento económico y la dignificación de la veterinaria.

Vida efímera, como sostenidas por el esfuerzo personal de los iniciadores, tuvieron estas academias, regidas principalmente por Casas que entonces dirigía la Escuela, corporaciones que apenas tuvieron eficacia en la vida sin reportar beneficios inmediatos en la vida profesional ni reportar beneficios a la colectividad; sirvió de fomento para otras sociedades que inscribían como lema de actuación en lugar preeminente el mejoramiento profesional, como fueron la «Academia Central Española de Veterinaria», creada en 1864, y la «Unión Veterinaria», fundada varios años más tarde, en octubre de 1878. Esta última Sociedad, constituida después de los disturbios políticos que

agitaron nuestra Patria, tenía un carácter francamente social; con la nueva Asociación se inicia, según frases de Téllez Vicén, «un movimiento plausible, legítimo y de buena ley». En esta nueva orientación, «la veterinaria no pretendía tener una mano en demanda de favor o protección»; aquél movimiento de rebeldía viene a decir sencillamente, según el mismo autor: «líbreme de las trabas que embarazan mis miembros, dadme campo para desenvolverme, dadme aire puro que respirar y yo devolveré opimos frutos a cambio del auxilio que hayas podido otorgarme» (Discurso, en la sesión inaugural, 20 de octubre de 1878).

El movimiento societario marchaba buscando nuevas fórmulas para el mejoramiento profesional; la clase, si no unida, por lo menos acataba las orientaciones de los directores; la gran masa contribuía a colaborar en estas sociedades o academias, como se llamaban en su época, aportando notas, memorias, etc., que demostraban entusiasmo y conocimientos, suscribiéndose a las revistas y siguiendo la evolución de mejora y pidiendo reformas.

Un motivo grave de desunión en la clase, de lucha y discusiones periodísticas, fueron los propósitos defendidos por Gallego (F. L.) en 1867, relacionados con la supresión del herrado, separándole de la Veterinaria; mientras vivió Casas, defensor del *statu quo*, este propósito fue sólo tema literario de las gacetas y revistas profesionales que apasionaba a los lectores; muerto Casas, en 1872, la idea de la separación del herrado fue discutida en la Academia de Madrid, y tuvo un paladín de la recia mentalidad como Téllez Vicén, que lo defendía y acusaba al herrado graves males para nuestro mejoramiento científico y social; esto ocurría el año de 1876.

Semejantes propósitos de los cortesanos engendró la enemiga de toda la gran masa de veterinarios civiles que vivían única y exclusivamente del herrado, como ya hemos visto en las «Cartas de Morcillo»; la lucha fue terrible entre reformistas, que votaban la separación del herrado, y los herradores, y para defender este último criterio surgen por todas partes academias, siendo los veterinarios navarros los primeros en dar ejemplo; siguen a éstos los valencianos. Comins, de Alcira, de acuerdo con Morcillo, reúnen en Játiva a los subdelegados de los distritos ribereños del Júcar y constituyen una Asociación en 1881; el primer acuerdo de los reunidos en sesión preparatoria fue

de que «nunca se supeditará esta Asociación a los cortesanos, ni sufrirá el ominoso yugo de los que se tenían por los prohombres de la Veterinaria», acuerdo que refleja bien el estado de ánimo y las convicciones de los reunidos.

Ninguno de los que constituyeron esta Asociación provinciana de no admitir relaciones con las de Madrid, a sus directores se les desprecia porque «desconocen el ejercicio civil de la veterinaria y no han pasado nunca por las amarguras que el profesorado establecido pasa».

Estos veterinarios civiles que así proceden obran en defensa de su vida; por aquella época las inspecciones de carnes no estaban generalizadas y donde existían pagaban mal y nunca, muchas veces a cambio de papeletas de consumo; la clínica de los ganados no producía nada; los pastores y rabadanes curaban las dolencias, y cuando venía la infección, se morían sin poder prestarles auxilio; la clínica equina se regalaba a cambio de asegurar el herraje; los veterinarios civiles de haber acatado la separación o supresión del herrado, firmaban su muerte civil; no es extraño que se opusieran a los propósitos, a las campañas de los cortesanos, que con gran videncia consideraban como lastre mortífero al «pegar herraduras» para progresar en otros aspectos. Sin embargo, la situación del momento no era favorable a la supresión del herrado; por tanto, no debemos extrañar estas contracampañas y la formación de asociaciones desligadas de defensores de ideas entonces tan perjudicadas en el orden económico.

Los veterinarios valencianos acudieron a la reunión de Játiva, y antes de constituirse la Asociación de las riberas del Júcar, Morcillo, que fue el sostenedor y definidor de su futura labor, se mostraba bastante escéptico y comprendía las dificultades prácticas que tendría para subsistir una asociación; porque no le achacase, dice el mismo, «que por mí fracasaba la asociación», trabajó cuanto pudo para sostenerla y cooperó con todo su entusiasmo y actividad desde el primer momento.

La Asociación valenciana levantaba bandera contra la actuación de los cortesanos; para hacerse oír necesitaban un órgano en la Prensa profesional defensor de sus ideas, así nació *La Alianza Veterinaria*, periódico quincenal que dirigió Morcillo como presidente de la Asociación de que era órgano y como único capacitado para esta empresa.

Año I.

Jávila 15 de Enero de 1882.

N.º 1.

# LA ALIANZA VETERINARIA,

PERIÓDICO DE LA ASOCIACIÓN VETERINARIA DE LAS RIBERAS DEL JÚCAR

PRECIO DE SUSCRICIÓN.		DIRECTOR	ADMINISTRACIÓN
Por un año.	1 Pta.	D. Juan Morcillo Ofalla.	D. Camilo Ibáñez Llach,
Por un trimestre.	3 s.		Almeda, 87.

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES.

## ADVERTENCIA.

Teniendo esta Junta Directiva que satisfacer el importe de la Urrada de los diplomas para los socios y del periódico, se ruega a los profesores que no hayan abonado los 20 rs. vna. como cuota de ingreso y los 24 rs. vna. por concepto de anticipo al periódico, que la hagan efectiva a la mayor brevedad posible, dirigiéndole la cantidad que adeuden a D. Bernardo Ibáñez Vallejo, Almeda, n.º 24, que es el Tesorero. Solo de este modo es como puede marchar la Asociación bien y sin déficit alguno.

## OTRA

Según el artículo 4º de los Estatutos de esta Asociación, durante el presente año corresponde ser director de este periódico, al veterinario de 1.ª clase D. Juan Morcillo Ofalla.

## NUESTRO PROGRAMA-PROSPECTO.

Nos presentamos hoy en el estadio de la prensa con el exclusivo objeto de anunciar las huelgas de nuestros compatriotas asociados en otras provincias y defender los justos derechos que con solvencia vienen reclamando nuestra hermana clase hace muchos años, sin que nunca se haya podido conseguir nada en su beneficio. Escasas y débiles parecerán a muchos nuestras fuerzas para sostener la bandera de nuestros hermanos, pero no nos desmoralizaremos, ni cesaremos de luchar, de luchar por conocimientos y fallos de Fallos para emprender esta tarea periodística nos concepcionan otros, de audience nos calmarán algunos, pero los predominarán, que si nos faltan esas cualidades, tenemos en nuestras manos una voluntad muy grande, una tenacidad a toda prueba.

y una constancia sin límites, con cuyas cualidades contamos para llevar a la grandeza los materiales que poseímos y creamos convenientes para llegar a colocar a nuestra ciencia al nivel que en el presente científico actual le corresponde, y a sus propios en la situación de poder vivir con la decencia que a su clase social les corresponde.

No nos hacemos ilusiones, no queremos inculcar vanas esperanzas en el ánimo de nuestros contemporáneos, solo les diremos, que vamos a luchar por alcanzar su mejoría profesional, y para esto, de absoluta necesidad el auxilio de todos, y si algo alcanzamos, será debido a los esfuerzos de los que nos apoyan en tan árida y difícil tarea. Pero si no conseguimos el resultado deseado para la Veterinaria y sus profesores como hasta aquí, no por eso dejaremos de seguir como resignados mártires nuestra emperada obra con valor, y sin que decaiga nuestro ánimo en lo más mínimo ante el infierno, por lo menos no podrán censurarnos las generaciones que nos sucedan, de que nos hemos abandonado y no hemos trabajado para dar esplendor a nuestra ciencia y sus profesores, como era nuestro deber.

Hasta aquí nos hemos devorado como los soldados de Cástulo, iniciado el movimiento de asociación, debemos propagarnos rotundamente e inscribir en nuestra bandera por un lado el lema: *El que ofenda a uno, ofenda a toda la clase*, y por el otro, *El que comete un acto de immoralidad, merece el desprecio general*. Es preciso que comprendamos nuestros propios intereses y que tenemos que luchar para conseguirlos, uniendo para el conseguirlos fuerzas, tenacidad y persistencia y realizando una verdadera y positiva reforma y salir del estadio de miseria en que los vivimos, consiguiendo al mismo tiempo más consideración social de la que en la actualidad tenemos.

Las asociaciones deben comprender, que el deseo de conseguir algo ha de ser dedicado a nuestros exclusivos trabajos, a los

Facsimil del primer número.

*La Alianza Veterinaria* era periódico de lucha; publicaba algunos artículos científicos, notas clínicas, pero son las menos: sus páginas acogen en primer término las actas de la Asociación y después artículos profesionales, siendo la mayoría del director. Cuatro años duró la publicación, y la causa de su desaparición fue «única y exclusivamente la falta de pago de algunos socios, que han faltado a su sagrado compromiso y a su palabra».

En esta lucha los veterinarios demostraron que no comprendían «lo que con la Asociación y el periódico se puede conseguir», y que estaban acostumbrados a «sufrir el despotismo de unos cuantos que les interesa tener sumidos y postergados». A éstos les dice con desprecio: «Puesto que el profesorado español no despierta de ese letargo en que está sumido, siendo así no conoce sus intereses, que no sabe vivir más que sufriendo la imposición del servilismo más absurdo y descarnado, que siga su marcha como hasta aquí y se encuentre siempre en el estado de postergación que

hoy tiene». Muchos años han pasado desde que fueron escritas estas acusaciones; quizá no fuese ocioso repetir muchas veces las mismas palabras del insigne luchador para conseguir reavivar la conciencia profesional, todavía sumida en el quietismo e indiferencia modorriil.

Como todos los luchadores, Morcillo sufrió el zarpazo de la envidia, la ponzoña de la calumnia; pero como todo luchador noble, al aire libre, en asociaciones de espíritu popular y democrático, en la Prensa y en libros que son tribunas públicas, no pudieron mellar su conducta ni empañar su prestigio; para justificarse consigo mismo, escribía: «Yo que he sido de los que más interés he tenido por sostener la Asociación y el periódico, soy, sin embargo, el que menos me interesaba». Era el entusiasmo de la lucha, la defensa de causas justas y, sobre todo, un egoísmo profesional y santo: quizás pretendiese una mejora profesional para estar él mejor; bendito sea quien se consagra a mejorar los servicios de la colectividad para gozar de ellos.

A pesar de tan dura prueba, Morcillo sigue pensando que la profesión veterinaria sólo se mejora mediante la asociación, la agrupación de todos en defensa de los intereses colectivos; al despedirse dice a sus buenos amigos: «Tanto unos como otros, me encontrarán a su lado y sosteniendo las ideas de siempre».

Resumen: Morcillo fue un luchador que puso en la obra social un gran entendimiento en servicio de una buena voluntad, y cuando le dejaron solo siguió trabajando con el arma que podía, divulgando ciencia, predicando cultura.

## VI

He dejado para el último momento estudiar a Morcillo bibliófilo; en este aspecto de erudición y crítico está representado por una obra la más original, la más curiosa de cuantas salieron de su pluma. Me refiero a la titulada *Bibliografía Veterinaria Española*, Játiva, 1883.

Aficionado a libros, curioseador de bibliotecas, tengo para mí en gran aprecio esta obra, que nos permite conocer toda la abundante producción bibliográfica de los albeiteros y veterinarios españoles.

El mérito del trabajo de Morcillo al escribir nuestra bibliografía hay que encontrarlo en la

completa información de todas las obras profesionales, en las noticias y juicios sobre cada una de ellas; estos hechos demuestran dos cosas: mucha lectura de los textos originales y acertado espíritu crítico al exponer sus opiniones.

Para esta obra tuvo Morcillo dos ilustres antecesores veterinarios: el autor del *Catálogo de algunos autores españoles que han escrito de Veterinaria, de Equitación y de Agricultura*, Madrid, 1790, folleto atribuido a Bernardo Rodríguez, uno de los mariscales de las Reales Caballerizas de Carlos III, el albeiter más culto de su época, y el otro fue un ilustrado catedrático de la Escuela de Madrid, Llorente y Lázaro, que publicó el *Compendio de la bibliografía veterinaria española*, Madrid, 1856.

Estos dos libros, el último principalmente, sirvieron para dar a conocer ante el mundo científico la obra realizada por los albeiteros españoles.

Tanto el folleto de Rodríguez (?) como la obra de Llorente, constituyen dos interesantes publicaciones de carácter elemental, con el ánimo únicamente de exponer una relación de obras escritas en español; quedaba todavía mucho que hacer en este aspecto, y los autores citados, aun viviendo en Madrid y contando con medios de consulta y rebusca abundantes, sólo iniciaron el camino y marcaron el rico filón de las obras de albeitería y veterinaria publicadas en nuestra Patria.

Alejado de la corte y recluido en un pueblecito, Morcillo quiere ampliar las noticias bibliográficas relacionadas con las obras de nuestra profesión: cuenta con una admirable biblioteca y con su férrea voluntad para semejante labor: a estos dos factores viene a ayudarle la aparición de una obra interesantísima para el estudio de la bibliografía agro-pecuaria española; me refiero a la obra de B. Antón Ramírez, *Diccionario de Bibliografía Agronómica*, Madrid, 1865, que fue premiada en el concurso de 1862 por la Biblioteca Nacional. En esta obra se citan muchas noticias relacionadas con los escritores de albeitería y veterinaria: tiene documentación valiosa para conocer los trabajos de los primeros veterinarios españoles: Risueño, Pascual (padre), Casas, pues enumera los principales artículos periodísticos, Memorias, etc., que publicaron y actualmente, a pesar de no ser muy antiguas, se encuentran con dificultad.

Ya conocemos los antecedentes de la obra bibliográfica de Morcillo, aunque, repito, la mejor

cantera la tenía en su casa, la colección de obras clásicas que con tiempo y gastos había conseguido reunir.

Con tan excelentes materiales y la cultura del autor, la bibliografía veterinaria hasta finales del siglo pasado está completa, se podrán aportar nuevos datos, alguna noticia, detalles que siempre son susceptibles de ampliar una publicación de esta naturaleza: el fondo, la crítica de las obras, es difícil mejorarlo, porque está hecho con materiales de primera mano; antes de escribir sobre un autor ha leído su obra, y después la comenta con sobriedad y justicia. He leído muchas de las obras que Morcillo anota en su bibliografía; sobre algunas tengo trabajos entre manos, y puedo juzgar con hechos que sus reseñas bibliográficas están ajustadas a una severa verdad.

Queda mucho por hacer en este aspecto; Rodríguez (?), Llorente, Morcillo nos han legado unos documentos y materiales valiosos, pero todavía hay mucho que explorar en la abundante floresta veterinaria: queda toda la albeitería de los árabes españoles, que los eruditos arabistas van traduciendo y señalando, pero aún esperan el «profesional» que recoja las enseñanzas y divulgue su mérito; queda todavía buscar y transcribir los manuscritos españoles originales, copias, traducciones, etc., de la manescalcia medioeval, ya que la albeitería árabe y la manescalcia cristiana fueron las fuentes inmediatas de la albeitería española, que tan exuberantes producciones nos ha legado desde el siglo XVI.

No podíamos exigir a Morcillo, veterinario de Játiva, esta labor de alta erudición, y hemos de perdonar pasarse en silencio la existencia de estos manuscritos y estas obras, sin las cuales no se puede justificar la cultura de nuestros primeros albeiteros, que al empezar sus publicaciones se presentan documentados y sin titubeos en su labor.

La bibliografía de Morcillo, después de una ligera reseña histórica, empieza citando unos cuantos manuscritos de los siglos XIII y XIV sin agotar el tema, sigue después una reseña completa de todas las impresas en español y relacionadas con la profesión de sus dos formas: Albeitería y Veterinaria, obras que correspondan o no a autores españoles y a profesionales o ajenos de nuestras disciplinas, desde la obra de Mosen Díez, impresa en 1545, hasta un periódico que empezó a publicar en Zaragoza en 1883 el señor Ostalé.

Para dar una idea del contenido de la bibliografía, quiero recurrir al sistema estadístico, que en las cifras refleja su importancia: cita 110 autores, de los cuales 43 son tratadistas de albeitería, es decir, anteriores a la fundación de las escuelas; la gran concurrencia en la totalidad la dan los autores del siglo XIX, que suman ellos solos 67 nombres. En la reseña se incluyen todas las obras propiamente de albeitería o veterinaria; también se citan las traducciones, como son las obras de Laforsse, Godine, Rey, Delwatt, Reinard, Weekherlin y otros con que se enriquecía o, mejor, se sustituía la producción científica española.

Sobre cada autor Morcillo nos da noticias de la biografía, y con relación a los antiguos es algo deficiente, pero tampoco hemos progresado mucho en este sentido, y hoy sabemos lo mismo de la vida de nuestros antepasados: de los contemporáneos las noticias son más completas y quedarán para documentación ulterior; la parte bibliográfica está cuidada y atendida con mucho interés: reseña los títulos exactos, anota variaciones e indica las diversas ediciones que han tenido las obras; son noticias de un consumado bibliófilo; ya he dicho que son exactos sus juicios y certeras sus apreciaciones; las obras quedan reseñadas con la amplitud que merecen por su valor científico, por su mérito literario o por sus intereses profesionales; en toda la relación Morcillo guarda un equilibrio sano en sus dictámenes; aun a sus enemigos, que fueron todos los que no supieron hacer una veterinaria grande y culta, los trata con consideración. Dice de Malats, fundador de la Escuela de Madrid: «En esta época no había obras especiales que pudieran servir de texto a los alumnos para hacer un estudio ordenado de la carrera, y Malats se apresuró a traducir las del eminente veterinario mister Bourgelat, que indudablemente en aquel entonces sirvieron de mucho» (pág. 68). Y más adelante. «No dejaron de ser de utilidad en aquella época las obras de Malatas, por más que sean una traducción» (página 171). Conste que lo de traducción lo ha descubierto Morcillo, porque en las portadas de la obra no consta esa condición. Con otros autores que hicieron lo mismo tampoco se ensaña: descubre la superchería, dice la verdad y adelante. Estos hechos demuestran lo bien documentado que estaba nuestro autor y la pueril picardía que cometen muchos publicistas de traducir obras extranjeras creyendo que nadie les descubre el procedimiento.

Con este mismo criterio de justicia, Morcillo sabe rendir tributo de admiración a los veterinarios que supieron laborar por el prestigio de la clase, sin incurrir tampoco en hipérbole. Para Risueño, que fue en realidad el creador de la enseñanza de la veterinaria en España, tiene estas frases de elogio: «Saludemos con orgullo nacional al eminentе veterinario, cuyo nombre será imprecedero en los anales históricos de la Veterinaria española: saludemos con profundo reconocimiento al práctico consumado, cuyo golpe de ojo médico no tuvo igual en Europa: saludemos con respeto al organizador de la enseñanza, que metodizó los estudios de la Escuela de Madrid y que con tanta valentía los empujó hacia adelante» (página 187).

Hablando del *Diccionario de Veterinaria*, de Risueño, hace este juicio: «Yo poseo un ejemplar, y francamente digo que es una de las obras de veterinaria que en más estima la tengo» (pág. 188). Yo tengo otro, y por mi cuenta afirmo: sin el *Diccionario* de Risueño, se pierde uno en la lectura de los tratados clásicos de albeitería y muchos pasajes resultan confusos o ininteligibles.

De otro de los grandes publicistas, García Cabero, dice: «fue el albéitar más instruido de su siglo»; yo afirmo que fue el «último albéitar»; cronológicamente y científicamente llegó al orto profesional a unos términos que sus obras no pudieron superarse, desaparecieron de la circulación cuando la veterinaria llevaba casi un siglo de existencia y las obras más de siglo y medio de publicación; después de Cabero, los albéitares fueron unos malos herradores que curaban «por gracia», pero sin cultura ni educación.

Entre los temas que preocuparon a todos los escritores de veterinaria figura el descubrimiento de la circulación de la sangre por Francisco de la Reina, albéitar zamorano del siglo XVI. Morcillo recoge el hecho y lo enjuicia acertadamente, sin exclusivismos molestos para la verdad histórica; cita cuantos han intervenido en el descubrimiento de este hecho fisiológico, y dice «que los españoles Servet y La Reina indicaron, el primero, la circulación pequeña y pulmonar, y el segundo, la general, es indudable, y Harvey ordenó y descubrió de un modo más exacto las funciones vasculares, reuniendo los datos de todos y sus experimentos, lo que no se le puede quitar el valor que esto tiene en el asunto que nos ocupa» (pág. 65). ¡Queréis mayor ecuanimidad de juicio!

Espigando en el libro, aunque lo mejor es leerlo íntegro para conocer nuestro pasado, encontraríamos muchas muestras, florecillas como las copiadas. Morcillo escribía con serenidad e imparcialidad.

Termina la obra reseñando el primer Congreso Nacional de Veterinaria celebrado en Madrid el 24 de octubre de 1883, que el autor califica de «célebre jornada de la Veterinaria», fermento de otras reuniones donde se ha despertado la confianza en nuestra misión y el respeto social que merece la veterinaria.

En el despertar científico de la veterinaria en el siglo XIX, cuando las Escuelas daban el resultado previsto, todas las naciones se apresuraron a recoger los datos para formar la historia profesional: se negó la existencia de obras españolas de veterinaria, llegando Huzard (8), el gran bibliófilo francés que consiguió poseer la mejor colección particular de obras de veterinaria, a afirmar «que los españoles carecían de escritos de albeitería y equitación»; esto era por 1787. Para contestar a estas dudas, B. Rodríguez (?) publicó su citado Catálogo. Años después, los autores alemanes seguían en la misma ignorancia, y Llorente y Lázaro escribió su obra, dedicándola a Carlos Federico Heusinger, autor de los *Estudios de Patología comparada*, Cassel, 1846-1853, que contiene muchas noticias de los autores antiguos de veterinaria y reclama de los veterinarios españoles «una noticia detallada» de los antepasados, para que se documentase en los futuros escritos sobre historia de la veterinaria en datos veraces y en noticias exactas de cuanto ha producido la nación española. Morcillo no tuvo definido propósito para que su obra saliese de los ámbitos patrios; sin embargo, la suerte fue otra para su autor y para nuestra ciencia. En Francia, Moulé utilizó los datos de Morcillo en su *Historia de la Veterinaria*, y muchas dudas de autores antiguos o mal informados, como el italiano Ercolani, fueron rectificadas con el texto de Morcillo a la vista. El modesto veterinario de Játiva, como él se apodaba, ha contribuido eficazmente a que en el mundo entero sea reconocido el admirable legado de la antigua cultura veterinaria, recopilada en libros y tratados cuya superioridad es evidente comparados con las obras extranjeras.

Quiero terminar este ensayo de bibliografía sin poner un adjetivo, sin un elogio, con estas sencillas palabras de fervor, y admiración: Juan Mor-

cillo y Olalla fue un veterinario que honró la profesión con su trabajo y sus escritos.

## VII

La incansable fecundidad de Morcillo y Olalla nos ha dejado una abundante y variada bibliografía, parte publicada y parte inédita; varios trabajos doctrinales que constituyen tomos o memorias, muchos artículos dispersos en revistas de carácter profesional.

Aun a trueque de no completar el catálogo de sus publicaciones, creemos recoger sus trabajos más importantes, y ellos son suficientes a darnos cuenta exacta del enorme trabajo que realizó el autor.

### TRABAJOS PUBLICADOS

*Guía del Veterinario Inspector de Carnes*, Madrid, 1858. Primera edición, en 16.<sup>o</sup>, 107 páginas.

*Nosología veterinaria. Enfermedades de las fosas nasales*. Madrid, 1862, en 4.<sup>o</sup>, 302 páginas.

*Guía del Inspector de Carnes*. Segunda edición. Játiva, 1864, en 8.<sup>o</sup>, con una lámina, 487 páginas.

*Higiene pública. Memoria. Enfermedades que más frecuentes suelen ofrecer las reses destinadas al abasto público cuando son presentadas en el matadero*. Madrid, 1865, en 8.<sup>o</sup>, 127 páginas.

*Higiene pública. Memoria*.

¿Existe en España razón para que en Madrid y en otros puntos esté la matanza de cerdos limitada a ciertos meses del año? Madrid, 1866, en 8.<sup>o</sup>, 51 páginas.

*Breves consideraciones acerca de la hipofagia*. Madrid, 1877, en 4.<sup>o</sup>, 50 páginas.

*Del Cisticero celular y la Triquina*. Madrid, 1878, en 4.<sup>o</sup>, 76 páginas.

*Guía del Veterinario Inspector de Carnes*. Tercera edición. Játiva, 1882, dos tomos en 4.<sup>o</sup> de 479 y 578 páginas, 10 de índices y tres láminas.

*Patología especial del Tétanos, considerado principalmente bajo el punto de vista del tratamiento*. Játiva, 1882. Un folleto en 4.<sup>o</sup>.

*Exterior del caballo. De los reconocimientos de sanidad*. Játiva, 1882. Un folleto en 4.<sup>o</sup> de 96 páginas entre ambos.

*Bibliografía Veterinaria Española*. Játiva, 1883, en 4.<sup>o</sup>, 352 páginas.

*De la indigestión en los solípedos*. Játiva, 1884. Un volumen en 4.<sup>o</sup>, 104 páginas.

*Del oficio del carnicero. Su origen, época de su apogeo, de su decadencia y estado actual*. Játiva, 1893. Un folleto en 4.<sup>o</sup>, 38 páginas.

*Investigación sobre la antigüedad de la Inspección de los Mataderos y Carnes en España*, 1897. Un folleto en 4.<sup>o</sup>, 42 páginas.

*Sarna de las gallinas*. Valencia, 1901, en 4.<sup>o</sup>, 85 páginas, con figuras.

*Higiene pública. Inspección de carnes*. Valencia, 1903, en 4.<sup>o</sup>, 288 páginas.

### ARTÍCULOS PUBLICADOS

En el *Boletín de Veterinaria*, de Madrid: Un caso de ancado curado por la tenotomía. Nefritis terminada por la muerte.

En el *Eco de la Veterinaria*, de Madrid: Envenenamiento por el fósforo.—Endocarditis.—Tenia en el buey.—Tisis en el perro.—Opinión imparcial sobre el herrado.—Contagio del carbunclo de los animales al hombre.—Amputación de la cola. Aguja salmera hallada en el corazón de un buey. Estudio teórico-práctico sobre la papera.

En la *Veterinaria Española*, de Madrid: Rabia en el caballo.—El Rhodinen.—Cálculo vesical.—Anemia en el caballo.—Estudios científicos y noticias históricas sobre la fecundidad de la mula.—Consideraciones sobre los accidentes de la castración.—Hay que decidirse.—Escuela Veterinaria de Valencia.—Confirmación y réplica al señor Gaya. Visita a la Escuela Libre de Veterinaria de Valencia.—La cuestión valenciana: contestación a don Emilio Gómez.—La cuestión valenciana: contestación al señor Bosca.—Contestación a una consulta sobre un caso de cisticero.—El cisticero y la triquina.—Inspección de carnes.—Más sobre inspección de carnes: mis sospechas se cumplieron.—¿Se han extinguido o disminuido los albéitares?—Una explicación: contestación al señor Fontlladosa.—Al señor Fontlladosa.

En el *Monitor de la Veterinaria*, de Madrid: Enfermedades más frecuentes en el distrito de Játiva («extensos artículos publicados en 22 números»). Papera irregular.

En la *Gaceta Médico-Veterinaria*, de Madrid: Triquina.—Fístula de la parótida.—Claudografía.

Inspección de carnes.—¿Qué animales están exentos de prestar servicio, etc?—Caso clínico.—Varios asuntos de higiene pública.—De la carne fresca de más general consumo.—Discurso leído en la Sociedad Veterinaria de las riberas del Júcar.—No seremos oídos.—Una carta del profesor señor Morcillo. Nuestra opinión sobre el cuestionario.—Traqueotomía.—Protesta.—Aclaraciones a la historia de una hernia inguinal.—Contestación a don José.—Higiene pública.—Bibliografía.—Rampa o calambre. Comunicado a Muley-el Zenit.—Comunicado contestación al señor Estrada.—Otro comunicado a Muley-el Zenit.—A Muley-el Zenit.—Clínica médica.—Anodia.—Zootecnia para Muley-el Zenit. ¡Eche usted escuelas de veterinaria!—Mataderos y carnes.—Cálculos urinarios en la mula.—Inspección de carnes.—Adhesión.—Clínica médica.—Tétanos traumático.—Influencia de los alimentos en las carnes de los animales de carnicería.—De la reglamentación de la inspección de mataderos y carnes.—Abscesos del bazo.—La triquina y los sucesos de Albaida.

En la *Gaceta de Medicina Veterinaria*, de Madrid: ¡No había muerto!—La inspección de carnes y los inspectores.—Inspección de carnes.—Carnes forasteras.—Higiene pública.—¿Es conveniente inutilizar la carne de animales enfermos?—Bibliografía.—Asuerado.—Apsirto.—Necesidad de reformar la reglamentación de mataderos y carnes.—Inspección de carnes.—Notas prácticas sobre el tétanos.

En la revista de *Inspección de Carnes, Mataderos y Mercados*, de Vitoria: Las carnes asueradas. Contestación a Mr. Ch. Morot.—Inspección del pescado fresco.—Todas las carnes son comestibles, etcétera.—La inspección de mataderos y carnes en relación con la filantropía y la caridad.—Influencia de la castración en los animales de carnicería. Mi opinión sobre la edad en que los animales de carnicería deben destinarse al matadero.—Influencia de la exanguinificación (degüello) sobre las carnes de los animales de carnicería.—De las carnes de general consumo.—El veterinario sanitario, ¿tiene alguna responsabilidad en el cargo que desempeña? — Al muy ilustrado veterinario don E. Mota.

En *La Alianza Veterinaria*, de Játiva: Fiebre

mucosa-adinámica.—La rabia.—Inspección de carnes.—La triquina en Valencia.—Cólico nervioso. De las inyecciones hipodérmicas en las afecciones reumáticas de la región escápulo-humeral.—Decadencia de nuestra ganadería.—Punturas en la cara palmar del casco.

Como si esto no fuera bastante a demostrar la incansable fecundidad de su pluma, hemos de hacer saber también que dejó los siguientes trabajos inéditos, ya encuadrados, foliados, etc.:

*La Verdad en Veterinaria*, un folleto.

*Cartas críticas sobre el estado de la Veterinaria en España*, un tomo en 8.<sup>o</sup> de 609 páginas.

*Hipografía. Estudio histórico sobre el origen del caballo y razas principales en la actualidad*, dos tomos en folio, el primero de 316 páginas, siete de prólogo, y el segundo de 513 páginas, con 54 láminas.

*Claudografía. Tratado de las cojeras en los solípedos*. Seis tomos en 4.<sup>o</sup> de 458, 509, 270, 624, 422 y 375 páginas.

*Triquina y Triquinosis. Examen histórico, crítico y analítico de los sucesos ocurridos en Villar del Arzobispo (Valencia)*. Un tomo en 4.<sup>o</sup> de 447 páginas.

*De la castración de solípedos*. Un tomo en 4.<sup>o</sup> de 1.151 páginas.

*Neuromiología. Tétanos*. Un tomo en 4.<sup>o</sup> de 507 páginas.

*Cuestión de Alcoy sobre la tuberculosis*. Un folleto en 4.<sup>o</sup> de 166 páginas.

*Punturas de la cara plantar del casco*. Un tomo en 4.<sup>o</sup> de 270 páginas.

*La polémica Guerricabeitia y Mota sobre el empleo de las carnes procedentes de animales atacados de glosopeda y perineumonia contagiosa*. 41 cuartillas.

*La lepra del hombre en Játiva*. 21 cuartillas.

*Reglamentación de mataderos*. En 8.<sup>o</sup>, 150 páginas.

*Reglamento que debe regir en el Matadero, Pescadería y plaza. Mercado de Játiva*. Consta de 340 capítulos y bando para los fielatos de Consumos.

*Grado de certeza en Medicina*. Játiva, 1900, en 8.<sup>o</sup>, 28 páginas de prólogo y 301 de texto, 84 una carta de un amigo y 205 de observaciones a dicha carta; total, 618 páginas.

## MARGINALES

1. Durante el período comprendido entre el año 1928, partiendo del mes de enero hasta el año 1934, que incluye hasta el último día del mes de diciembre, el autor de esta magnífica biografía, don Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero y Mercado de Ganados de Madrid, con la activa colaboración de don José García Armendáriz, a la sazón jefe de los Servicios de Sanidad Veterinaria; don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, profesor de la Escuela Superior de Veterinaria de Córdoba; don José García Bengoa, auxiliar de la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid; don Pedro Pelous, veterinario municipal de Madrid, y don León Hergueta, veterinario militar en función de secretario de la Redacción, integraron un Comité Directivo que durante todo ese sexenio, mantuvo con carácter quincenal una revista técnica, la cual, con el nombre de *La Carne* alcanzó el más elevado prestigio nacional e internacional.

2. En el número 11, correspondiente al 15 de junio del año 1928, inició nuestro ilustre colega y entrañable amigo don Cesáreo—que así le llamé yo siempre, de la misma manera que a Gordón, que tenía su misma edad, le llamé siempre don Félix—, la publicación del estudio biográfico de Morcillo y Olalla, que terminó en el número 15, correspondiente al 31 de agosto de 1928 (pág. 233 de dicho año I de la revista). En el número anterior de ésta, el 14, página 198, vio la luz en esa revista mi primera colaboración, «Prevenir infecciones», dentro de la Sección *Inspección veterinaria*. Había un gran entusiasmo entre los veterinarios.

3. En el mismo número 11, de *La Carne* (15 de junio de 1928, pág. 165), se publica la primera noticia sobre el «Homenaje a Morcillo». Una carta del presidente del «Ateneíllo», de Montealegre (el pueblo de la provincia de Albacete, donde nació Morcillo), comunicando a *La Carne* que la Sociedad había tomado el acuerdo de rendir un homenaje a la memoria de este ilustre montealegrino, con motivo del centenario de su nacimiento. La Junta Directiva ha invitado a los Colegios Veterinarios de Madrid, Valencia, Albacete y a los Ayuntamientos de Játiva y Montealegre, para que contribuyan a este homenaje que se celebrará el día 24 de junio. Se ha acordado colocar una lá-

pida en la casa donde nació, celebrar una velada necrológica y rotular una de las calles de la ciudad con el nombre del insigne veterinario. *La Carne* proclama «nuestra adhesión y colaboración incondicional para cuanto corresponda a glorificar a tan ilustre veterinario».

4. Con el número 13 de *La Carne* (15 de julio de 1928) «se remite a nuestros lectores una circular de la Comisión por homenaje a Morcillo y se inicia la publicación de los contribuyentes.

En el número 17 (15 de septiembre) se cita como una excepción, por cierto bien merecida, a favor del doctor E. Richelet, ilustre veterinario argentino agregado a la Embajada de Londres, quien contribuye con una libra esterlina y ofrece la valiosa promesa de colaborar para que sus paisanos también contribuyan. Otro ilustre compatriota, el doctor veterinario José M. Fontela, establecido en Montevideo, contribuye a este homenaje. Nuestra propuesta sale de las fronteras nacionales para unir a todos los veterinarios de lengua hispana en la conmemoración centenaria al creador de la Inspección de Carnes.

5. En el número 19 (15 de octubre de 1928, página 310) aparecen la tercera y cuarta lista de la suscripción para el homenaje a Morcillo, cuya suma se eleva a 1.038,70 pesetas.

La Comisión organizadora de este homenaje está recibiendo diariamente nuevas y valiosas adhesiones. Ultimamente, la Escuela Veterinaria de Madrid, donde Morcillo cursó sus estudios, acordó adherirse y nombró a don Juan de Castro Valero y a don Diego Campos, para que representen al Claustro en todos los actos que se celebren en memoria de tan insigne compañero. La Escuela de Zaragoza también se ha adherido a este homenaje en términos altamente encomiásticos, «para rendir tributo de admiración a tan benemérito veterinario (núm. 20, pág. 328, Madrid, 31 de octubre 1928). En este mismo número se da la suma alcanzada por la suscripción (1.202,45 pesetas).

6. En el número 21, correspondiente al 15 de noviembre, página 246, se reproduce un artículo publicado en el *Diario Español* del 16 de octubre, del que tomamos los párrafos siguientes:

«En Madrid se ha constituido un Comité, integrado por distinguidos médicos-veterinarios, entre los cuales figuran los señores C. Sanz Egaña y T. Campuzano, encargados de realizar un ho-

menaje que será tributado al veterinario Juan Morcillo y Olalla con motivo de haberse cumplido un siglo, en junio último, del nacimiento de tan ilustre veterinario español, quien dejó una obra admirable a la posteridad con su labor fecunda, consagrada constantemente al estudio y al trabajo para engrandecer la veterinaria española al considerar la solución de diversos problemas de sanidad alimentaria con la inspección sanitaria de carnes, pescados, leche, etc. En una circular que el Comité ha difundido por España e Hispanoamérica, se ha puesto de manifiesto que el doctor Morcillo desarrolló tareas profesionales, siendo el primer veterinario español iniciador de la especialidad denominada inspección sanitaria de alimentos de consumo humano, a la vez que llevó a cabo una labor en sentido clínico (curación de enfermedades) y bibliográfica (publicación de obras científicas).

En el primer centenario del nacimiento de tan glorioso veterinario español, el Comité de homenaje se dispone a colocar dos lápidas, una en Montealegre del Castillo (Albacete), pueblo en donde nació el doctor Morcillo, y otra en Játiva (Valencia), ciudad en donde ejerció la profesión. Con la adhesión de los veterinarios españoles han de figurar las de los médicos-veterinarios hispanoamericanos, mediante las sociedades de Medicina-Veterinaria de la Argentina, Uruguay, etc.

Ante los beneficios que el público obtiene con la inspección veterinaria, al garantizar la pureza higiénica de alimentos tan usuales como la carne, pescados, leche, etc., consideramos que el homenaje en proyecto es merecedor de todas las admiraciones patrióticas y profesionales.

También se han publicado artículos en *El Diario Español*, de Buenos Aires, en *La Mañana* y otros periódicos argentinos. También tenemos adhesiones del doctor veterinario Bergés, de la R. Argentina, doctor Ert. Oñoro, de la R. del Paraguay, y esperamos de varias asociaciones profesionales.

Todas las cuotas y adhesiones dirigidas a don Diego Campos. Camino Alto de San Isidro, número 1. Madrid.

7. También la Sociedad de Medicina Veterinaria de Buenos Aires envió su adhesión al homenaje que se proyecta en honor a la memoria del ilustre veterinario don Juan Morcillo y Olalla, por la justicia que encierra tal demostración. (Noticia en la pág. 362, del núm. 22, 30 de noviembre de 1928.) En el número 24, final del año 1928,

el señor Horcado, director general de Sanidad, como jefe supremo de la Sanidad Española, se asocia al homenaje que la clase veterinaria rinde a la memoria de Morcillo y Olalla.

8. La suscripción al «Homenaje a Morcillo» continúa abierta durante el año 1929, como lo comprueban las adhesiones y giros enviados a Diego Campos, calle de Toledo, 53, Madrid, que la revista *La Carne* continúa publicando en los números de dicho año. En el número 3, correspondiente al 15 de febrero, la lista de participantes arroja un total de 1.872,95 pesetas y se publica un ruego a los Colegios y particulares que han ofrecido suscribirse remitan sus aportaciones lo antes posible para cerrar la suscripción. La Comisión lleva muy adelantado su trabajo y tiene encomendada la ejecución de las lápidas, cuya obra artística será algo extraordinario en esta clase de homenajes.

En el número 6 (31 de marzo) se anuncia que probablemente en el mes de mayo podrá celebrarse el homenaje, en el cual se descubrirán las lápidas a la memoria de Morcillo. Para esa fecha la suscripción se eleva a las 2.420,95 pesetas.

9. De la personalidad de Morcillo ha publicado una excelente información el doctor veterinario W. Rieck, en la Enciclopedia Veterinaria Alemana (*Tierheilkunde und Tierzucht*, de Stang und Wirth, vol. VII, pág. 291, 1930). De este modo, el nombre de nuestro gran Morcillo y Olalla ha quedado incorporado, así como su obra, al acervo de la cultura mundial. Dice así la nota publicada por el ilustre historiador alemán doctor Rieck:

«Morcillo y Olalla (Juan) nació el 23 de junio de 1828 en Montealegre del Castillo (Albacete); falleció el 12 de noviembre de 1908 en Játiva (Valencia); 1846-1851, estudiante de Veterinaria en Madrid; 1852, veterinario municipal en Játiva; organiza en España la inspección veterinaria de los alimentos, que antes se hacía por laicos juramentados con el nombre de «revisores» y «veedores de carne». Su *Guía del veterinario inspector*, o sea, *Policía sanitaria veterinaria aplicada a las casas mataderos y pescaderías* (Madrid, 1858-1861; Játiva, 1862-1864; 1.057 págs.) y su *Higiene pública, inspección de carnes, del color, olor y sabor, y consistencia de la carne de los animales de carnicería y el pescado*, Valencia, 1902, figuran en primera línea en la literatura de la higiene de la carne. Publicó, además, *Bibliografía Veterinaria Española* (Játiva, 1883; 352 págs.). Escri-

bió *Hipografía, Claudiografía, Triquina y Triquinosis*, más de 20 grandes trabajos y más de 100 artículos, C. Sanz Egaña, en su trabajo bibliográfico sobre Morcillo, ha publicado íntegros (publicaciones de *La Carne*, volumen I, Madrid, 1928). W. Rieck. Berlín.»

10. La Comisión del Homenaje a Morcillo anuncia en el número 11 de la revista *La Carne* (15 de junio de 1929) que ha quedado cerrada la suscripción promovida, con un monto total de 3.020,95 pesetas, y expresa su agradecimiento por la buena acogida que ha prestado la clase veterinaria española para glorificar la memoria del insigne Morcillo y Olalla. Próximamente se anuncia-



rá la fecha del descubrimiento de las placas y el programa que, de acuerdo con los Colegios de las provincias de Albacete y Valencia, se llevará a cabo en dichas localidades.

11. Como se había anunciado, el número 23 de *La Carne*, en su segundo año de publicación, correspondiente al 15 de diciembre de 1929, da la noticia del homenaje rendido por la clase ve-

terinaria española a don Juan Morcillo y Olalla, creador de la inspección veterinaria de los alimentos en España, cuando todavía no se había organizado nada semejante en ninguna otra parte del mundo. En el frontispicio de ese número de la ya prestigiada revista aparece el busto del conmemorado.

La leyenda de la placa expresa en términos precisos la trascendencia social de la obra realizada por este ilustre veterinario español. La salud del hombre constituye la primera y principal potencia de la civilización; es la mayor riqueza de los pueblos. Morcillo implantó sobre bases científicas la vigilancia sanitaria de los alimentos con destino al consumo humano mediante la inspección veterinaria. La importancia y trascendencia de esa misión del veterinario higienista se mide actualmente por la generalización de esa función en todos los países del mundo.

Al rendir ese modesto homenaje a la memoria del fundador de la inspección veterinaria de los alimentos en las fuentes de producción y en los mercados, los veterinarios españoles supieron honrar a un ilustre antepasado y en sesión solemne rindieron testimonio de consideración y aprecio a la función social de la veterinaria moderna en esa su perseverante vigilancia en defensa de la higiene en cuanto se relaciona con la alimentación y la salud del hombre.

12. Nadie mejor que nuestro docto compañero y amigo don Cesáreo Sanz Egaña para pronunciar la oración científica en la sesión solemne en que los veterinarios de todas las provincias de España rindieron cálido homenaje al príncipe de la inspección veterinaria.

«Morcillo, consciente de la necesidad de orientar la nueva misión que se le encomendaba a la veterinaria, publica un tratado especial que pudiera servir de consulta en todos sus actos; esta obra se titula: *Guía del veterinario inspector*, o sea, *Policía sanitaria veterinaria aplicada a las casas-mataderos y pecuarias* (Madrid, 1858). Es la primera obra que se publica en España y en el extranjero, escrita por un veterinario, que estudia científicamente las cuestiones referentes a la inspección de alimentos. Esta obra, durante el transcurso de veinticinco años, pasó a ser de un pequeño manuscrito a dos grandes volúmenes, plétoricos de ciencia y conocimientos prácticos; la tercera edición lleva fecha de 1882. Durante medio siglo los veterinarios españoles no han tenido

otra obra de consulta, ni otro libro de orientación en la práctica de la inspección de alimentos, que la Guía de Morcillo.»

«Para justificar la prioridad de Morcillo como tratadista de inspección veterinaria son suficientes las fechas citadas; pero conviene añadir algunas palabras más, y para tener idea exacta del concepto que tenía Morcillo de la inspección veterinaria en los albores de su implantación en España, bastará señalar las divisiones de su Guía: desde la primera edición—cinco tratados—los dos primeros corresponden a la carne; el tercero, al pescado; el cuarto, a la leche, lacticinos y huevos; el quinto, a las frutas; plan que conservó algo variado en las ediciones posteriores. Como se ve, desde el primer momento preocupó a Morcillo abarcar todas las facetas de la inspección veterinaria, sin que haya sido mejorado posteriormente por ningún otro tratadista.»

«Dentro del territorio patrio nadie puede discutir la primacía y la honda labor que Morcillo trazó para dar normas científicas y reglas prácticas en favor de la inspección científica de las carnes, pescados y leches; veamos ahora lo que ocurría por el mundo; estudiemos la obra de otros autores cuya labor es meritoria dentro de esta misma especialidad.

Merece que primeramente fijemos nuestra atención en Alemania. Actualmente la ciencia alemana orienta con sus conocimientos la inspección de alimentos de origen animal, y creemos interesante dar a conocer los principios de la implantación de la inspección veterinaria en esa nación.»

«En los antiguos pueblos germanos se conocía también la inspección de carnes, a cargo de personas prácticas, llamadas en alemán *verpflichtete Fleischbeschauer* (veedores de carne jurados); actualmente se llaman inspectores laicos, procedentes, en su mayoría, de los gremios de carnes. La historia de la legislación alemana cuenta con muchos documentos relacionados con el abasto de carne y con la inspección sanitaria para garantía de su bondad, documentos parecidos o semejantes a los que consignan en nuestros fueros municipales; de su lectura sacamos la consecuencia de que en siglos pasados regulan el reconocimiento de las carnes normas muy semejantes a las nuestras, teniendo en Alemania una mayor preponderancia el poderío gremial, casi siempre superior al municipal, cosa que en España apenas se ha conocido.

Llega el siglo XIX, y en Alemania la carne destinada al consumo es reconocida por los veedores prácticos nombrados por los gremios de carnes, cuyos privilegios eran onerosos y abusivos en muchos casos.»

«Afirma von Ostertag, la autoridad más prestigiosa en cuestiones de higiene de la carne “que los estudios biológicos sobre el *cisticercus* y la triquina musculares son los primeros fundamentos en el edificio de la inspección científica de la carne”. Ahora, por nuestra cuenta, decimos: corresponde a la ciencia alemana el haber descubierto Kuchenmeister, en 1852, la transmisibilidad del *cisticercus celuloso* del cerdo al hombre, determinando la solitaria; también el profesor alemán Zenker, en 1860, fue el primero en comprobar la triquinosis en el músculo humano, consecutiva a la ingestión de carne de cerdo infestada de triquina, parásito descubierto unos años anteriores por Owen.»

«Todavía los ecos de la obra de Virchow no se habían apagado, cuando Gerlach publicó su obra, notable por todos conceptos, *Die Fleischkost des Menschen* (Berlín, 1870), en que planteó por primera vez la transmisibilidad de la tuberculosis animal al hombre por la ingestión de carnes. Y Gerlach, cuando sostenía estas teorías, explicaba Patología en Hannover y era director de su Escuela de Veterinaria, y al poco tiempo pasa a ser profesor en la Escuela de Berlín. Gerlach, repito, ha pasado a la historia profesional como “uno de los más grandes nombres de la Veterinaria en Alemania”. (Neuman, *Biographies Veterinaires*, París, 1896).»

«Con estos antecedentes, y con propagandas de personas tan valiosas en el orden científico, la implantación de la inspección veterinaria de las carnes aún encuentra dificultades en los países germanos. Fue por entonces cuando Lydtin, veterinario del principado de Baden-Baden, organiza la inspección de carnes a base de los conocimientos veterinarios, valido, en primer término, de su prestigio científico y de la autonomía administrativa que gozaba el pequeño principado, y todos los autores modernos señalan este hecho como el principio de la organización científica de la inspección de carnes en Alemania. Era el año de 1870.»

«La obra de Lydtin, muy extensa y prestigiosa en múltiples actividades, sirvió de guía a los veterinarios de Alemania, y su nombre quedó grabado como un valioso creador de estas disciplinas,

y en vida recibió el homenaje de la veterinaria mundial, designándole para la presidencia de la Comisión Internacional de los Congresos Veterinarios, cargo que desempeñó hasta su muerte.»

«El ejemplo de Baden-Baden cundió rápidamente por los demás Estados del entonces naciente Imperio alemán, y la inspección veterinaria se propagó primeramente a las grandes poblaciones y, por último, a todo el país. Los trabajos de Bollinger, profesor de la Escuela de Veterinaria de Berlín, durante los años de 1870-80, sobre la importancia de la inspección de carnes para evitar los envenenamientos causados por la ingestión de carnes procedentes de reses enfermas, contribuyeron eficazmente a la implantación de este servicio con carácter obligatorio y a cargo de personal técnico veterinario.»

«La primera obra de inspección de carnes que apareció en Alemania escrita por un veterinario es la *Schmidt-Mulheim*, con el título de *Handbuch der Fleischkunde* (Leipzig, 1884), obra de importancia para la formación cultural de los veterinarios alemanes; también fue el primer veterinario que fundó una revista de la especialidad, con el título de *Zeitschrift für Fleischbeschau und Fleischproduktion sowie f. verwandte Wissenschaftsbiete*, cuya publicación se empezó el año 1885.»

Veamos en Francia:

«La inspección de carnes en Francia también era conocida en tiempos antiguos, como lo demuestran varios edictos reales, cartas, patentes y otros documentos históricos; de la lectura de estos documentos se prueba que la inspección de la salubridad de la carne era en su origen una de las formas de la disciplina cooperativa, es decir, que correspondía garantizar la sanidad de la carne a los carníceros. En un edicto del año 1551 se crea el cargo de *ecorcheurs-jurés* y de *jurés bouchers* (veedores jurados), encargados de visurar las carnes; como dice la ordenanza de 1587, "de visitar bien y cuidadosamente las reses traídas a la carnicería para su matanza y puesta a la venta; la inspección de carnes en Francia llega hasta final del siglo pasado en poder de los veedores jurados, sin intervención del veterinario".»

«Uno de los primeros veterinarios que empezó a ocuparse de organizar la inspección de carnes sobre bases científicas fue L. Baillet, el sabio veterinario de Burdeos que por su admirable labor sanitaria consiguió ser nombrado en 1872 inspecteur générale de la Boucherie (inspector gene-

ral de la Carnicería) y supo organizar el servicio de reconocimiento de carnes de un modo perfecto; fruto de sus enseñanzas fue la publicación de una obra interesantísima titulada *Traité de l'inspection des viandes de boucherie*, cuya segunda edición está fechada en 1880, obra completa que ha servido mucho a los veterinarios franceses. Baillet fue nombrado miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París por esta obra.»

«Uno de los que secundaron admirablemente esta labor fue A. Lecler, nombrado en 1876 director de los servicios de inspección de carnes en Lyon, donde encontró terreno que convenía a sus actividades, que fue prodigada en diversas publicaciones y sociedades científicas.»

«Tiene Francia el mérito de haber creado la primera cátedra de inspección de carnes en las Escuelas de Veterinaria, adelantándose a todos los países, pues data de 1878, aunque no pudo explicarse hasta el curso 1880-81; la Escuela de Alfort ha tenido titulares tan prestigiosos como Goubeaux, que fue el primer profesor, y después sucesores como Nocard, Vallée... (Raillet e Mouillé, *Histoire de l'Ecole de Alfort*, 1908).»

Han defendido en Francia la inspección veterinaria de las carnes personas de indiscutible autoridad científica. H. Boulay y E. Nocard, ante el Congreso Internacional de Higiene del año 1878, sostenían estas ideas:

«En principio, la inspección de carnes de la carnicería debe ser confiada a personas competentes, es decir, a los veterinarios, porque sus estudios especiales, teóricos y prácticos, les permiten conocer las lesiones y los síntomas principales de cada enfermedad.» Todavía en 1900, en el Congreso Internacional de Higiene, Barrier y Morot defendían esta misma tesis: «La inspección de carnes no puede ofrecer garantías deseables si no está confiada exclusivamente a los veterinarios, sólo calificados, por otra parte, para intervenir en la comprobación de materia de decomisos, vigilancia de mercados y parques de ganados, dirigir los mataderos y ejercer el control indispensable del servicio de inspección de los Municipios.»

«Los descubrimientos de Pasteur y sus colaboradores, creando la bacteriología, han dado una base científica a la inspección de carnes con el conocimiento de las causas patógenas de las enfermedades infecciosas, y ha permitido cuadros racionales de decomisos e instituir métodos de diagnósticos precisos. Galtier, prestigioso profesor de la

Escuela de Lyon, fue el primero en percibir las ventajas que la naciente bacteriología prestaba a la inspección veterinaria de las carnes; su obra, *Manuel de l'inspecteur des viandes* (París, 1885) preconiza una clasificación oficial de las causas de decomisos, fundamentadas en los nuevos conocimientos microbiológicos.»

«Frente a todo lo expuesto, en Alemania y Francia admiramos la obra de nuestro Morcillo, que desde este pequeño pueblo inicia solo, veinte años antes que sus contemporáneos extranjeros, la creación de una inspección de carnes científica, hecha por veterinarios especializados; anterior a Morcillo hay en España veterinarios con el cargo de inspectores o veedores de carnes; pero aun cuando cumplieron su alta misión higiénica, ninguno supo sentir el amor y el cariño al cargo. Morcillo, con una fina percepción profesional y un sentido práctico de la realidad dio vida y encauzó por derroteros científicos la inspección de carnes en España.»

13. El homenaje a la memoria de Morcillo y Olalla se celebró el día 8 del mes de diciembre de 1929. «La Semana Veterinaria», Boletín profesional de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* (año XII, núm. 677, págs. 941-950, domingo 15 de diciembre de 1929), publicó una minuciosa crónica necrológica de los actos celebrados en la ciudad de Játiva, durante los cuales se develó una placa conmemorativa en el Matadero Municipal de dicha ciudad, y después tuvo lugar una sesión solemne en el Ayuntamiento.

En realidad, desde las primeras horas de la mañana Játiva vivió un verdadero jubileo, que se inició en la casa del culto abogado don Francisco Martínez Morcillo, nieto del homenajeado. Fue una muy grata visita a la casa construida «por mi abuelo—como el señor Martínez Morcillo refería—en cuyos cimientos están las ruinas y restos de una iglesia conventual de la histórica ciudad».

Por la espaciosa estancia fueron pasando, según cita el cronista enviado especial de don Félix Gordón Ordás, los colegas Sanz Egaña, Gómez, Fayo, García Fernández, Herrero Sandús, Martínez Ortiz, don Carlos Plasencia, Lozano, Monfort, Trigo (padre e hijo), Castillo Durban... (Se comentó la ausencia del subdelegado don Carmelo Eslava, cuyo hijo mayor había fallecido el día anterior, y fue enterrado aquel mismo día)... Cerca ya de la una llegaron el señor teniente de al-

calde y reputado médico don Eduardo Francés, los concejales Latorre y Sancho; el comandante don Joaquín Loygorri, en representación del capitán general; el delegado del gobernador civil, don José Pornier; el juez de primera instancia de Alcoy, don Fernando Caudet; el canónigo don Ramón Pascual, en representación del Clero; el del Distrito, don Francisco Carnacho, y el juez municipal, don Juan de la Peña; el abogado don Fernando Bernabé Pastor; el farmacéutico señor Antigues e infinidad de representaciones de los diferentes sectores de las fuerzas vivas de la ciudad, ostentadas por los señores Parra, Medina, Sanz, Cuquerella, Castellote, Simó, Climent, Armero, Bear, Bolinches, Roig y Castelló.

De inmediato todas estas personas se trasladaron al Matadero donde se había levantado una artística tribuna, al pie de la lápida orlada de flores que fue descubierta por los señores Francés, Sanz Egaña, Gómez y la bondadosa doña Marina, hija del señor Morcillo, quienes representaban, respectivamente, al Ayuntamiento, a la Comisión Organizadora del Homenaje, al Colegio Veterinario de la provincia y a la familia.

Seguidamente el señor Sanz Egaña pronunció una completa y acertada apología del ilustre homenajeado; cantó las glorias de la ciudad de Játiva, que tan cariñosamente le cobijó y respetó, ayudándole y proporcionándole los medios para efectuar su obra cultural, sin antecedentes que la igualase, razón por la cual la veterinaria española rememorará siempre y pronunciará con respeto el nombre del que fue compañero de profesión, infatigable siempre y admirado de propios y extraños, don Juan Morcillo y Olalla; el nombre de Montealegre en que vio la primera luz y el de la hospitalaria ciudad de Játiva, a la cual la clase veterinaria, y él en su nombre, hacía ofrenda al representante de la ciudad, de la lápida en memoria del ilustre veterinario señor Morcillo y de la gratitud a la histórica y siempre caballerosa ciudad de Játiva. Sanz Egaña terminó su discurso con estas bellas palabras: «Espero que la ciudad la recibirá con agrado, que se preocupará de su conservación y que en todo tiempo será respetada, para que las venideras generaciones sepan siempre, que en compañía de sus antepasados convivió el preclaro veterinario primer inspector de carnes en España».

El señor Sanz Egaña descubrió la hermosa lápida y una fervorosa ovación que se mantuvo lar-

go rato y aún se sostenía cuando el señor Francés, en nombre de la ciudad, saluda y agradece la asistencia al acto de los veterinarios y manifiesta a la Comisión, en cuyo nombre habló el señor Sanz Egaña, el profundo agradecimiento que los játivenses le guardaran por la obra encaminada a perpetuar la memoria de quien fue probo empleado y fiel guardador de la salud de Játiva por muchos años, la cual no lo ha olvidado como lo demuestra la concurrencia del pueblo, de numerosos amigos íntimos del señor Morcillo y del sinnúmero e inmejorable calidad de las representaciones que nos han acompañado. Finaliza prometiendo en nombre de la ciudad, que como correspondencia al honor que la clase veterinaria concede a Játiva al rendir tributo de admiración a su compañero don Juan Morcillo y Olalla, a quien la ciencia y la humanidad deben tanto, sabrá cumplimentar los deseos de esa clase y glorificará en todo momento el nombre del que desde este rincón de la tierra, por su constancia, laboriosidad y talento supo irradiar sus conocimientos, difundiéndolos entre todo el mundo sanitario.

14. *Sesión solemne en el Ayuntamiento.*—En el mismo número 677 de *La Semana Veterinaria* antes citado, encontramos amplia información sobre la velada en el Ayuntamiento de Játiva en honor del ilustre Juan Morcillo. Se celebró a las cuatro de la tarde de aquel mismo día 8 de diciembre de 1929. Ya habían regresado de Montalegre, donde en la mañana habían procedido a descubrir la lápida en la casa donde había nacido este prócer de la veterinaria, don Joaquín González García, profesor de la Escuela de Veterinaria de Madrid a cuyo claustro representaba, y los señores Armendáritz y Campos, quienes habían representado en aquel acto a la Comisión.

Presidió la sesión solemne el teniente alcalde y médico señor Francés, acompañado por los señores Armendáritz, Martínez Morcillo, Sanz Egaña y González García. El secretario de la Corporación, señor Alvarez, dio lectura al acta de la cesión de la lápida, que de inmediato fue firmada por una parte por San Egaña, Armendáritz y Campos en nombre de la Comisión del homenaje; don Joaquín González, por los profesores de la Escuela de Madrid; como representantes del Colegio Veterinario de Valencia, su tesorero don Ramón Gómez, el secretario señor Marcó Trafch y varios colegiados, y de otra parte, el representante de la

Alcaldía y su secretario y varias representaciones de la ciudad de Játiva.

Se leyeron las adhesiones de la Dirección General de Sanidad, capitán general de la Región; alcalde de Valencia, Inspección Provincial de Sanidad, Claustros y alumnos de las Escuelas de Madrid, Córdoba y León, así como las circulares publicadas y repartidas por la Comisión Organizadora del homenaje y por el Colegio Veterinario de Valencia como muestras de aprecio en que el Colegio valenciano tenía a su distinguido miembro señor Morcillo, y en fin, una página del boletín extraordinario que se publicó a su fallecimiento, cuya redacción y conservación se debe al entonces secretario del Colegio, señor Trigo, que textualmente dice así:

«Bajo profunda y desagradable impresión, tomamos la pluma para participar a nuestros compañeros el fallecimiento del veterinario don Juan Morcillo Olalla, ocurrido el día 12 del corriente en Játiva, a los ochenta y un años de edad.

No nos consideramos capaces de escribir una necrología de quien en vida fue ejemplo de virtudes, de honrado trabajador y constante defensor de los intereses de la clase. Cada acto de su vida fue un ejemplo que imitar para algunos, muchos, viejos y jóvenes que ostentan el título de veterinario.

Morcillo, en todas las manifestaciones de vida profesional, fue un hombre extraordinario de su tiempo. La excesiva modestia, inseparable compañera del verdadero talento, no le dejó traspasar los límites que él mismo se trazara en el desenvolvimiento de su preciosa existencia; así y todo, ¿qué profesor no conocía en España a Morcillo? Todas las clases sociales de los innumerables pueblos de la rica comarca de la ribera del Júcar, pronunciaban su nombre con veneración y cariño. Pero lo que más había que admirar en el ilustre viejo Morcillo, hasta en los últimos días de su vida, era su fe constante, su perseverancia, su atención a todo lo que inducía a nuestra regeneración moral e intelectual. Era un ilustre viejo, sí; pero con un alma grande y joven que vivificaba a aquel organismo gastado por largos años de trabajo, manteniendo siempre su corazón abierto a la esperanza de días mejores para la clase a la que pertenecía y que tanto amaba. Era un libro abierto deshojado en palabras de saludables enseñanzas y profundos conocimientos.

No nos encontramos con fuerzas para más; la

emoción embarga nuestro ánimo, detiene nuestra pluma e impide que a nuestra mente acudan palabras de grandeza bastante para honrar la memoria de quien en vida estuvo por muy encima de nosotros.

Que en paz descanse el ilustre Morcillo y reciba la clase a la cual se debía, y su distinguida familia nuestro más sentido pésame. Valencia, noviembre 1908.»

El presidente concede la palabra al representante del Colegio valenciano, señor Gómez, quien explica las forzadas circunstancias de verse obligado a dirigir la palabra ante tan selecto auditorio, sin tener las condiciones para ello, pero la amistad con que me honró el señor Morcillo—dice emocionado—me impone rendirle el merecido tributo a su memoria y es por ello que se propone dar cuenta, paso a paso de sus primeras relaciones, que fueron para pedir consejo y prestarle apoyo en su actuación profesional.

«A pesar de la distancia de nuestras residencias —dice— llegué a tratarlo lo suficiente para admirar en él su infinita modestia, su sabiduría, su honradez, su constancia en el trabajo en tan variados aspectos, como era el usar el mandil clásico por la mañana para herrar los équidos de su clientela; después, la bata del clínico y cirujano, en lo cual era expertísimo, tanto que recuerda le dijó una vez que había hecho 4.000 castraciones.»

Hacía la visita a los enfermos, que no eran pocos, debido a su justificada nombradía, y además le quedaba tiempo para estudiar, para tomar notas y formar sus libros, escribir diariamente artículos profesionales y científicos y para dedicarse a la disección de animales diversos, de los que poseía una buena colección.

Sabe el orador que no se acostó nunca el señor Morcillo sin haber escrito antes algunas cuartillas, y después de costarle tanto trabajo la publicación de su primer libro *Guía del veterinario*, aún le costó perder dinero, porque, señores—exclama—de los veterinarios de aquella época, eran pocos los que vivían en el siglo corriente, que eran los que le estudiaban y secundaban, pues la mayoría vivían aún en el siglo XVIII y como Morcillo, por su estudio y talento, expresaba ya ideas del siglo XX, no lo comprendieron jamás.»

En vista de ello, el Colegio le publicó por su cuenta su admirable *Higiene pública*, que fue la pauta de las inspecciones en aquella época y la base que nos ha llevado a conquistar el prestigio

y consideración que en la actualidad en todas partes se nos concede.

Habla también de los numerosos libros que se le quedaron inéditos y que no dejó de escribir nunca, a pesar de haber dicho en alguna ocasión «si supiera el día que iba a morir, el día antes haría una hoguera con todos y la estaría contemplando hasta que mi alma se separara de mi cuerpo».

Recuerda también la creación de la *Ataaya de los veterinarios del Júcar* y la fundación de un periódico con el mismo título, del cual fue fundador, director, redactor, administrador y repartidor, lo que el recelo a su obra le creó atmósfera contraria, a pesar de ocuparse siempre del bienestar de los demás y no preocuparse nunca de sí mismo, sin obrar para el lucro ni por vanidad.

Hace mención de la creación del Colegio, al cual contribuyó el señor Morcillo eficazmente, manteniendo el fuego sagrado de la unión, ayudado por don Camilo Gómez, catedrático que fue de la Escuela de Veterinaria libre de Valencia, falleciendo al poco tiempo.

Profetiza el orador que en un plazo de veinte años morirán los Colegios para ser sustituidos por sociedades culturales y científicas, conforme las ideaba y preparaba Morcillo con su vidente apreciación del porvenir.

En fin, que era un veterinario tan completo, de cuerpo entero y alma tan abnegada, que a los ochenta años escribió una acabada memoria sobre tuberculosis.

Durante una asamblea que se celebró en Madrid el año 1905 fue una apoteosis para él. Muchos no le conocían particularmente, pero al enterarse de quién era aquel hombre al que sólo conocían por su obra colosal y beneficiosa para el mundo, prorrumpió la asamblea en vivas a Morcillo, saludos, abrazos y se le hizo presidir la sesión, ya por gratitud y simpatía, ya por ser el primer veterinario inspector de carnes de España y primer maestro de todos los que se fueron nombrando.

Termina dando las gracias a las autoridades, al auditorio y a la comisión, en nombre del Colegio de Valencia, por haber sabido apreciar y traducir en hechos las cualidades inmejorables que poseía don Juan Morcillo Olalla, el primero de los primeros de sus miembros.

Es aplaudido largo rato y cuando la presidencia concede la palabra al señor Sanz Egaña, éste dirige un saludo para cada sector de las representaciones y del auditorio y les anticipa que va a

leer unas cuartillas para demostrar que don Juan Morcillo Olalla fue el príncipe de la inspección veterinaria.

Hace una historia acabada de las causas y evolución de las inspecciones sobre las carnes, pescados y caza, que antiguamente estaban confiadas a los veedores representantes de los gremios, tanto de España como de Alemania y Francia; se van sucediendo tan rápidamente notas y fechas y nombres, que en la imposibilidad de retenerlos todos y aunque recogimos importantes datos, renunciamos a transcribirlos aquí, seguramente que desvaloraríamos y quitaríamos la importancia que tiene tan acabada como documentada obra, para demostrar que Morcillo fue en su época la lumbrera mundial que iluminó a todos con su incesante trabajo y talento nada común, para iniciar a todos en el camino del ejercicio de la sanidad en beneficio del hombre, así como a Játiva le cupo el honor de ser visitada por diversas comisiones extranjeras a saturarse del inagotable manantial de ideas científicas que acumulaba don Juan Morcillo, tan modesto para sí y tan admirado por los demás.

La ovación que recibió el señor Egaña al terminar su disertación fue unánime y sincera, durando hasta que el catedrático de Anatomía de la Escuela de Madrid, don Joaquín González y García, que en unión de don Diego Campos representaban al Claustro de profesores, se levanta y saluda a los presentes en nombre de los demás catedráticos y particularmente del secretario de la Escuela, don Juan de Castro, que se honró con la amistad del señor Morcillo, a quien debe la Escuela el poseer en su colección de Historia natural gran número de peces y otros ejemplares disecados.

El señor Morcillo, escribiendo ambos en *La Veterinaria Española*—dice don Joaquín González—, en su afán de interesar a sus compañeros en el cumplimiento de su deber, llegó a expresar que eran responsables de sus actos en materia de inspección, concepto que alarmó a muchos y que él en otro artículo trató de disuadirle rindiéndole toda clase de consideraciones, por cuyo motivo hubo algo de disgusto entre ambos; pero que, aparte este incidente, siempre ha reconocido en el señor Morcillo a un veterinario de extraordinaria valía.

Llama la atención sobre un error que existe en la documentación de estudiante sobre su natura-

leza, que se fija en Almansa, punto de su residencia entonces, pero que procurará subsanar en cuanto vuelva a Madrid.

Analiza su hoja de estudios para demostrar que ya se dio a conocer como hombre de inteligencia clara y de gran porvenir, puesto que obtuvo sobresaliente en todas las asignaturas sin excepción, hasta ser nombrado por R. O. alumno interno.

Dice que la gran contrariedad que le impidió desarrollar su vasto programa es el de haberse encontrado a la Clase entre los linderos del arte y la frontera de la ciencia, y que no cabe duda que él es el que hizo científica la inspección de las carnes, a pesar de que la Clase no le secundó en su tarea, siendo el fundador de la parte sanitaria de nuestra carrera, con cuya base contribuyó eficazmente a mejorar nuestra situación, a lo cual debemos el nivel cultural y la consideración de que hoy gozamos.

Dedica un recuerdo al entusiasmo despertado en Montealegre por su memoria, y con seguras y sentidas palabras dirige un efusivo saludo a la hija, nietos y demás familia del señor Morcillo, y expresa que, aunque Morcillo nació en Montealegre, la ciudad de Játiva puede estar orgullosa de él, porque es más hijo de dicha ciudad, puesto que en ella pasó el mejor y mayor tiempo de su vida.

El discurso del señor González fue tan sentido y expresado de tal manera que fue interrumpido varias veces por aprobaciones y aplausos, que se repitieron al final, dando prueba del agrado con que fue oído.

El señor Armendáriz dice a continuación que, aunque tiene la satisfacción de representar en este acto al excelentísimo señor director general de Sanidad, por cuyo motivo dedica un saludo oficialmente a todos los presentes como prueba de agradoimiento por su presencia en este acto, indica también que como jefe de los servicios veterinarios, era inexcusable su presencia aquí, y pasa a resumir los discursos advirtiendo que no esperen un discurso, que tal vez no sea malo, pero que tampoco puede ser bueno, y por eso procurará que por lo menos sea corto.

Menciona el hermoso espectáculo de Montealegre para satisfacción de la hija y nietos del homenajeado, a quienes saluda, lo que prueba cuanto ha dicho el señor Gómez al hacer su acabado retrato del señor Morcillo, describiéndole tan magistralmente en la intimidad que no cabe duda que fue un hombre de férrea voluntad, tan traba-

jador y tan bueno, que le permitía alternar su vida con el martillo, el bisturí y la pluma, instrumentos tan diversos y de tan distinta aplicación que difícilmente se encontraría otro hombre que manejara con la maestría que él, cada uno de los tres.

El señor Sanz Egaña nos ha demostrado con infinidad de datos que el genio de Morcillo empezó a desarrollarse cuatro lustros antes en España que en Francia y Alemania se trataran las mismas materias, lo que prueba su videncia del porvenir; y el señor González—maestro que sabe enseñar y educar—con la efusión con que hablaba, nos ha convencido de que era el señor Morcillo un sabio por naturaleza y que la creación del servicio de inspección de carnes es patrimonio exclusivo del señor Morcillo y que fue él quien abrió el principal porvenir que hoy tiene la Clase.

Por eso la razón de que la lápida descubierta hoy en su memoria diga: «Creador del servicio de inspección de carnes», «Dio porvenir a la clase» y «Garantía a la salud» por su obra de sanidad y de caridad.

El creó la vanguardia de todas las ramas sanitarias, puesto que todas las demás ramas que intervienen, que no son pocas, todas siguen detrás de nosotros; somos, ante la humanidad, los primeros centinelas de su salud, las primeras guerrillas que se la defienden en toda España, lo que se dice en otros términos: las fuerzas de choque.

Dice también la lápida: «Dio nombre a su patria»; que la dio, ya habéis visto que es cierto, puesto que en ningún rincón del mundo deja de mencionársele, honrando con ello a la ciudad de Játiva por haberse formado en su seno un hombre, un sabio.

Las últimas palabras del señor Armendáritz fueron ahogadas por una merecida ovación, y después, el culto abogado don Francisco Martínez Morcillo, en nombre de la familia, dice que no sabe cómo expresar el agradecimiento que debe a todos, pero que es tan efusivo y sincero que se cree un deudor para la Clase veterinaria y cuantos han intervenido a honrar de tal manera a su queridísimo abuelo.

Iba ya a terminar la velada, cuando pidió inesperadamente la palabra el farmacéutico de la localidad don Luis Artigues, quien dice que cree que no se ha llegado al final, puesto que sería una desconsideración para la Clase veterinaria, y él opina que ha terminado la primera parte, que consiste en que la Clase veterinaria ha honrado a Játiva

en la persona del llorado amigo, y ahora le corresponde a Játiva honrar a la Veterinaria de una o de otra manera, sea nombrando a Morcillo hijo adoptivo o dando su nombre a una de las calles, pues aunque no quiere regatear los méritos de otros, considera que Morcillo, por lo que ha oído, conquistó en el mundo científico un nombre y un honor para Játiva como pocos.

Desde que principió a hablar el señor Artigues fue interrumpido por sus paisanos varias veces con voces de ¡bien!, ¡muy bien!, alentándole en su petición, ya que tenía la aprobación del pueblo y le colmó con una nutrida ovación.

Al igual que el orador anterior se suma a la petición con otro fogoso y sentido discurso el ilustre abogado don Fernando Bernabé y dice que si bien Morcillo no fue hijo de Játiva, siempre se le consideró como tal por su permanencia y que hizo por la ciudad mucho más que otros naturales; y ya que por su virtud, su nobleza, trabajo y talento se constituyó por su propia esfuerzo en una gloria nacional, que logra que su apellido, en unión del nombre de Játiva, traspasara las fronteras, cosa tan difícil desde este rincón ignorado por muchos y que como se ha visto consigue que toda una clase sanitaria le rinda tributo de admiración y respeto, considera que no sería buen setabense, si no pidiera, también, que se concediera el honor propuesto por el señor Artigues al que tanto honró a Játiva, por cuyo motivo nos honra por igual a todos sus naturales.

El señor Armendáritz aplaude y apoya la proposición espontánea del pueblo y, aparte de la petición formulada, dice a los setabenses que los veterinarios y él, en primer término por razón de su cargo, creen que la mejor recompensa que pueden recibir de un pueblo agradecido es que dediquen todo su afán a la mejora de los servicios veterinarios, siguiendo las normas trazadas por su compatrio Morcillo, «y no perderéis nada, puesto que lo ganaréis en salud».

Finalmente, levántase el señor presidente y ofrece trasladar a la Corporación un fiel reflejo de los trascendentales actos de hoy, y del inmenso honor que representan para la ciudad, así como las peticiones formuladas de las que se congratula y apoyará con todas sus fuerzas.

Así terminó tan hermoso acto, entre nutridos aplausos en homenaje a Morcillo, firmemente unidos veterinarios y setabenses en su recuerdo imperecedero.

15. *La Biblioteca de don Juan Morcillo.*—En un acto extraordinariamente emotivo, celebrado en la Escuela Veterinaria de Madrid, en los primeros días del tempestuoso mes de mayo de 1936, al que me correspondió el honor de asistir, en función de director de *La Semana Veterinaria*, en unión de una representación de los herederos de don Juan Morcillo, y en la gratísima compañía de don Cesáreo Sanz Egaña y de mi entrañable compañero don Miguel Sáenz de Pipaón y González de San Pedro, quedó formal y oficialmente realizada la cesión de la Biblioteca particular de don Juan Morcillo y Olalla al mencionado Centro, legado glorioso muy gentilmente ofrecido por sus herederos.

Fue un acto sencillo, prestigiado por numerosa concurrencia, mediante el cual la Biblioteca de nuestra Facultad de Veterinaria de la Universidad Central enriquecía su acervo bibliográfico con 415 volúmenes—la Biblioteca entera de un sabio—para que cumplieran el mejor de los destinos, servir de valiosa fuente consultiva a las nuevas generaciones, ávidas por conocer y documentarse en el pasado de nuestra historia.

Con tal motivo, el decano de la Facultad don Rafael González Alvarez hizo, con su elocuencia habitual, una exposición del significado que tenía la sesión que se celebraba, y don Cesáreo Sanz Egaña pronunció uno de sus más bellos discursos, en el que, una vez más, nos habló de la excelsa figura del veterinario Morcillo como clínico, como autodidacta, como científico, de elevada cultura profesional, como investigador y ahora como bibliófilo. Recogemos, siquiera sea en extracto el maravilloso bien decir de nuestro admirado Sanz Egaña en este bello discurso, tal como lo publicamos en la página 357 del número 1.012 de *La Semana Veterinaria* correspondiente al domingo, 17 de mayo de 1936: «No intento reconstruir la obra de Morcillo—vino a decir el señor Sanz Egaña—; quiero sólo señalar algunas características de su actuación profesional. Juan Morcillo y Olalla constituye un tipo representativo del científico español del siglo XIX, es un autodidacta, se forma solo y orienta sus conocimientos según su personal criterio; como profesional representa el creador, ya que no el iniciador, de los servicios de inspección veterinaria en España.

Como clínico, en la amplia expresión de la palabra, Morcillo es un veterinario de gran valía científica; su numerosa clientela, las observacio-

nes recogidas en tan larga práctica le acreditan como tal, sólo por eso merecía un recuerdo en nuestra historia profesional; el mérito de Morcillo, que hace imperecedero su nombre, es, repito, el haber orientado la inspección veterinaria de los alimentos de origen animal.

Nació Juan Morcillo y Olalla en Montealegre del Castillo el año 1828; se educó en Almansa, y el 1846 ingresó en la Escuela de Veterinaria de Madrid, saliendo con el título de veterinario en 1851; al poco tiempo, en 1852, se estableció en Játiva (Valencia), en donde vivió y ejerció la profesión hasta los ochenta años. Falleció en 1908.

Tan larga vida fue consagrada constantemente al estudio y al trabajo; admira la facundia y la constancia de este hombre, encerrado constantemente en un medio tan reducido como es la vida pueblerina, ha conseguido legar una colección de obras de muy diversos temas, en donde demuestra cultura profesional, dotes de observador e investigador y una recia inteligencia que sabe imprimir originalidad a sus escritos. Las pocas obras publicadas alcanzaron gran renombre en el siglo pasado entre los veterinarios, tanto españoles como extranjeros para la actual generación; el gran mérito de Morcillo es el haber sabido crear y orientar la función veterinaria en relación con la inspección de alimentos, germen de una fecunda especialidad profesional.

La inspección o reconocimiento sanitario de las carnes, pescados, etc., no es función que aparezca inopinadamente durante el siglo XIX; el mismo Morcillo lo dice, en uno de sus folletos históricos, «en mis continuas investigaciones, se muestra la antigüedad de esta preocupación de eliminar del mercado la carne impropia para el consumo humano; antes que los veterinarios existían los «veedores», los «revisores», etc., personal práctico nombrado por carniceros o tratantes, encargados de reconocer las carnes en los mataderos»; en el año 1854 fue nombrado Morcillo veedor de carnes y pescados de la ciudad de Játiva, cargo que desempeñó sin sueldo y cobrando a los particulares la tarifa que tenía establecida el antiguo veedor-carnicero. Morcillo no fue cronológicamente el primer veedor-veterinario; años antes el Municipio de Madrid en 1840 había nombrado tres veterinarios fijos y tres auxiliares encargados de la inspección en el matadero y mercados. Morcillo comprende la trascendencia del cargo, percibe la falta de especialización existente entre los compa-

ñeros y se propone afirmar este servicio y documentar a los veterinarios en esta labor; con fe y laboriosidad emprende esta enorme tarea, no tiene referencia, no conoce en ningún país nada igual, su libro es obra y fruto de su observación personal. En 1858, a los cuatro años de ser nombrado inspector, publica el *Guía del veterinario inspector*, o sea, *Policía Sanitaria Veterinaria a las casas-mataderos y pescaderías*; en 1864 se publica la segunda edición y en 1882 la tercera y última; de un librito de 127 páginas alcanza el tamaño de dos gruesos volúmenes de 479 y 578 páginas. Morcillo conquista con esta obra el título de «príncipe de la inspección veterinaria», y se adelanta en muchos años a los autores extranjeros. En 1902 publica su último libro también sobre inspección de carnes, ampliando a cuestiones relacionadas con el abasto, comercio, calidad, etc., de estos alimentos que amplían la intervención del veterinario como técnico asesor de la autoridad.

La inspección veterinaria, según la interpreta Morcillo desde su primera obra, comprende la amplitud que marca en la actualidad: carnes, el matadero, caza, pescado, leche y lacticinios, verduras..., no se ha olvidado de nada, no hemos podido ampliar nada, lo dejó escrito todo.

Otra faceta interesante es la de Morcillo bibliófilo; con grandes rebuscas y no pocos gastos llegó a reunir una admirable biblioteca, compuesta de todas las obras de albeitería española y las publicaciones veterinarias del siglo XIX. Este cau-

dal de libros utilizó Morcillo para redactar la «Bibliografía Veterinaria española 1883», que ha servido de valiosa documentación a los historiadores extranjeros para dar a conocer la producción literaria de los albítares y primeros veterinarios españoles.»

*La Biblioteca de Morcillo.*—En mayo del año 1936 fue recibida en acto oficial, celebrado en la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid, la Biblioteca de don Juan Morcillo, acto al que asistió una representación de los herederos de dicho ilustre veterinario, quienes habían tenido la gentileza de hacer ese legado.

El director de la Escuela, nuestro ilustre colega y amigo señor González Alvarez, destacó en elocuente discurso el alto significado que tenía la sesión que se estaba celebrando y el señor Sanz Egaña pronunció también, con su personal erudición, un interesante discurso, en el que ensalzó la figura de Morcillo como bibliófilo, discurso del que nosotros publicamos un extracto, en el número 1.012 de *Semana Veterinaria*, página 357, correspondiente al domingo 17 de mayo de 1936.

Esperamos que la Escuela de Madrid publique relación de obras que le han sido donadas, que llega a los 400 volúmenes, para que los especialistas en materia de inspección de carnes puedan rendir el homenaje de consultar las fuentes en que se inspiró el ilustre veterinario señor Morcillo y Olalla.

#### REFERENCIAS

- (1) E. MOLINA: «Don Juan Morcillo», *Gaceta de Medicina Zoológica*, Madrid, 1 de diciembre de 1908.
- (2) VIDAL ALEMÁN: «Don Juan Morcillo y Olalla», *La Veterinaria Moderna*, Palencia, 31 de julio de 1900, año II, núm. 19.
- (3) Credenciero, misión de los actuales administradores.
- (4) Escribano de fechos: actualmente secretarios del Municipio.
- (5) Estos datos los desconoció Morcillo cuando escribió su folleto; cita como inspector de Matadero a don Antonio Santos, catedrático de Cirugía en la Escuela de Madrid, y como fecha de su cargo el año 1846. Los datos que yo doy están sacados del Archivo Municipal.
- (6) Fiel a la verdad histórica, he de decir que por esas fechas existía también otra obra en relación con la inspección veterinaria, la de M. PRIETO, *Manual teórico-práctico del veterinario inspector de mataderos y mercados públicos*, Madrid, 1880. Un pequeño volumen en 8.º, de 303 págs., que apenas circuló.
- (7) Origen de la Sociedad Veterinaria de Socorros Mutuos, *Bol. de Veterinaria*, año I, págs. 28, 58, 281, 300.
- (8) HUZARD, *Catalogue des livres, dessins, estampes de la bibliothèque Huzard*, París, 1842, 3 vol. in 8.º  
*Modelos de mordazas de castrar.* (Dibujo de Morcillo.)